

Diálogo Andino
Revista de Historia, Geografía y Cultura Andina

Diálogo Andino - Revista de Historia,
Geografía y Cultura Andina

ISSN: 0716-2278

rda@uta.cl

Universidad de Tarapacá

Chile

González Vargas, Carlos; Rosati Aguerre, Hugo
MÉTODOS Y FORMAS DE RESISTENCIA INDÍGENA EN LA CRÓNICA DE GERÓNIMO DE BIBAR
Diálogo Andino - Revista de Historia, Geografía y Cultura Andina, núm. 38, diciembre, 2011, pp. 45-73
Universidad de Tarapacá
Arica, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=371336248005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MÉTODOS Y FORMAS DE RESISTENCIA INDÍGENA EN LA CRÓNICA DE GERÓNIMO DE BIBAR

METHODS AND WAYS OF INDIGENOUS RESISTANCE IN GERÓNIMO DE BIBAR CHRONICLE

Carlos González Vargas y Hugo Rosati Aguerre***

El artículo utiliza como fuente la crónica de Gerónimo de Bibar, que cubre el período comprendido entre los años de 1541 y 1558, correspondientes a la expedición realizada por Pedro de Valdivia desde el Perú hacia el territorio de Chile, su paso por el desierto del norte grande y los valles del norte chico. Luego continúa con el reconocimiento del valle de Aconcagua, el asentamiento en las riberas del río Mapocho, las reiteradas expediciones hacia el mundo mapuche, la fundación de ciudades y la muerte del gobernador en Tucapel, en 1553. Además, termina describiendo el esfuerzo de sus sucesores hasta el año de cierre de la crónica. Los indígenas presentaron diversas modalidades de resistencia, según el medio geográfico y su densidad poblacional. Así, establecimos tres áreas de estudio: norte, centro y sur, las que analizamos en forma separada para que nos permitiera apreciar diferencias significativas.

Palabras claves: resistencia indígena, conquista, grupos indígenas, malocas, fuertes, fundación de ciudades.

The article is based and has its source in the historical chronicle wrote by Gerónimo de Bibar that covers the Spanish conquest of Chilean territory from 1541 till 1558. The author describes Pedro de Valdivia's expedition from Perú to Chile providing details of his path through the Atacama Desert and the Northern Valleys. Further on the author describes how Pedro de Valdivia explored the Aconcagua Valley, the indigenous settlements in the Mapocho River banks and his trips towards the south of Chile and his several expeditions into indigenous territories. Finally the author describes the foundation of several cities and Spaniards settlements and how Pedro de Valdivia died in Tucapel in 1553. The chronicle describes quite precisely the hard effort that the Spaniards did after Valdivia's death in order to conquer Chilean territory. The indigenous people rejected the Spanish troops using different strategies depending on the the different geographical features.

Key words: indigenous resistance, conquest, indigenous groups, malocas strong foundation of cities.

Introducción

Como reconoce Gerónimo de Bibar en el colofón de su manuscrito, habría nacido en la ciudad de Burgos. Según las fuentes consultadas, el año de su nacimiento podría haber sido el de 1524 o 1525¹. No se sabe cuándo y bajo qué condiciones viajó hacia el nuevo continente. No existe ningún registro en el Catálogo de Pasajeros de Indias con algún pasajero de ese nombre. Como él mismo consigna, antes de arribar al Perú pasó por otros lugares de América. Su arribo al Perú coincide con el enfrentamiento entre el adelantado La Gasca y Gonzalo Pizarro. Poco después se integrará al grupo que acompañó a Valdivia en la lucha a favor del adelantado, el cual se aprestaba a regresar a Chile².

Así el cronista Gerónimo de Bibar llegará por tierra a la gobernación de Chile el año de 1549, ocho años después del primer viaje que realizara Pedro de Valdivia desde Cuzco a la zona central

de Chile (1540-41)³. Es autor de un relato que denomina “*Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*”, y acerca del cual señala: “*he hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve y con la voluntad seguí...*” (Introducción, p. 1). Este acucioso observador se dedicó a interrogar a la mayoría de los miembros de la hueste del conquistador y, además, empleó como referente las cartas de Pedro de Valdivia, para poder reconstruir su viaje, desde el desértico norte, hasta el valle central de Chile, en el área del río Mapocho⁴. La obra termina a fines del año de 1558, período que representa una época importante en la historia del primer siglo de nuestro país⁵.

A través del relato, se sabe que tomó parte en la mayoría de las expediciones que Pedro de Valdivia dirigió hacia el sur, llegando incluso a lugares distantes treinta leguas al sur de la ciudad de Valdivia. Se sabe también que fue vecino de la

* Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, Santiago, Chile. Correo electrónico: cgonzale@uc.cl

** Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, Santiago, Chile. Correo electrónico: hrosati@uc.cl

ciudad de Concepción. A la muerte de Valdivia, regresa a Santiago, y recopila datos acerca del primer viaje de Valdivia, permanece en esta ciudad hasta la llegada del nuevo Gobernador, Don García Hurtado de Mendoza, en 1558. En este mismo año escribe casi totalmente su crónica. Luego de esto, declara en Santiago en el proceso que se le seguía a Francisco de Villagra⁶, debido a las disputas por la sucesión del cargo de la gobernación, posterior a la muerte de Valdivia⁷. Viaja al Perú a fines de 1558, donde efectúa los últimos retoques y agregados a su obra⁸.

No se conoce qué pudo haber pasado con su persona después de lo recién relatado. Sin embargo, podría haber regresado a Chile, o viajado a España a presentar su obra, “ya que algunos indicios apuntan hacia la posibilidad de que la misma se encontrase en nuestro suelo (España) antes de 1563”⁹.

El manuscrito

A pesar de ser una crónica escrita a mediados del siglo XVI, su primera edición fue publicada en Santiago de Chile durante 1966, por el Fondo Bibliográfico José Toribio Medina. Sin embargo, se tenían referencias bibliográficas a partir del siglo XVII, en la obra de Antonio León Pinelo “*Epítome de la Biblioteca oriental y occidental náutica i jeográfica*”, según consigna Ángel Barral Gómez, p. 16 (ver bibliografía general). Este mismo autor indica que, en pleno siglo XX, al finalizar la guerra civil española, el historiador y arqueólogo levantino don José Chocomeli Galán adquiere el manuscrito, el cual confía unas pocas páginas al historiador y profesor Demetrio Ramos, quien hace una breve reseña en la Revista de Indias, en 1952. El manuscrito, entretanto, permanece en Francia y al fallecer don José la crónica es adquirida en subasta pública por la firma suiza Nicolás Rauch, para luego pasar a la sociedad Kenneth Nebenzahl y, con posterioridad, pasar a ser propiedad de The Newberry Library, de Chicago, Illinois, su actual poseedora¹⁰.

Una segunda edición del manuscrito de Vivar fue realizada en Alemania el año 1979 y, como dice Mario Orellana en su estudio, fue “*preparada con rigor filológico por Leopoldo Sáez-Godoy, quien ha dejado de manifiesto la cantidad enorme de errores que contiene la transcripción de Irving Leonard*” en Chile, en 1966¹¹. Durante el año 2001 se publica en España una tercera edición de la crónica, la que

es realizada por Ángel Barral Gómez. Las citas de páginas y capítulos mencionadas en el texto de este artículo corresponden a esta última edición. Todas las ediciones de la crónica utilizadas y mencionadas se encuentran ordenadas en la bibliografía general de este trabajo¹².

La resistencia indígena en la crónica de Gerónimo de Bibar

La razón que motiva el relato del cronista, como él mismo lo dice, “*Escomenzaré desde el Pirú y en lo que se halló en servicio de su magestad donde contaré toda la conquista y las ciudades que se poblaren y provincias que se descubrieren y temples de tierra... y las batallas que con estos infieles hubieron, y de las diferencias de lenguas y diferentes trajes y de sus costumbres y ritos...*”¹³ (Proemio del autor, p. 37). Como se puede apreciar tras la lectura de esta cita, el autor se refiere a varios aspectos que intentará considerar en su obra. En este mismo proemio, el autor reconoce que algo del relato le fue narrado o lo conoció a través de terceros u obras de la época, puesto que dice “*que parte de ella me trasladaron sin yo verlo ni sabello...*” (Proemio, p. 39).

La finalidad de comenzar el relato desde Perú se asienta en la idea de centrar su crónica en la persona de Pedro de Valdivia, y en su conquista del país. Los tres primeros capítulos de la obra los dedica a relatar los pasos de Pedro de Valdivia en el Perú. Sin embargo, lo que a nosotros nos interesa es destacar la acuciosidad del relato del cronista cuando, a partir del capítulo IV, Valdivia inicia la preparación de lo que será su viaje por el Collasuyo hacia el valle del Mapocho, el que pudo realizar gracias a la autorización otorgada por el Marqués Francisco Pizarro, quien lo nombra su teniente y capitán general, para que se hiciese cargo de la empresa de conquistar territorios hacia el sur del Perú. Finalmente, esta autorización fue otorgada por real cédula en el valle del Yucay el 11 de abril de 1538.

Pero no puede dejar de mencionarse que, unos años antes, se había desarrollado un primer intento de penetración en el territorio situado al sur del Perú. Este fue realizado por Diego de Almagro, con un numeroso contingente de españoles e indígenas de servicio, que se desplazan por las partes altas hasta cruzar la cordillera a la altura del valle de Copiapó. Al elegir dicha ruta la expedición pierde muchos

hombres, llegando muy disminuida. Almagro venía acompañado del Inca Pablo, hermano del recientemente nombrado Inca en Cuzco, lo que facilitó en gran medida la recepción por las comunidades locales y la comunicación con ellas. A pesar de todo, Almagro fue duro y cruel en el trato con los jefes indígenas locales, lo que será recordado con frecuencia por Gerónimo de Bibar en su obra. En gran medida, la resistencia de los indígenas en el área norte se debió a la desconfianza y al mal recuerdo que se tenía de la citada expedición.

Resistencia en la zona norte

Luego de desarrollar los tres primeros capítulos de la crónica, el cronista sitúa a Pedro de Valdivia en el virreinato del Perú, y su participación en los conflictos entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que terminan con la muerte de este último. A partir del siguiente capítulo, en que reseña los preparativos del viaje que emprenderá Valdivia, iniciamos nuestro estudio.

Durante dos años se realizan los preparativos de enganche del contingente que acompañará a Valdivia en su expedición hacia Chile, los cuales se llevan a cabo en las ciudades de Cuzco, Arequipa y Lima y, además, el Extremeño se preocupa personalmente de avituallar un barco para que los apoye por la costa. Finalmente, el conjunto de españoles sale desde Cuzco en los inicios del año de 1540, dirigiéndose desde Tacna por Tarapacá al Valle de Atacama, donde se junta con varios capitanes que posteriormente serán de renombre, como Francisco de Aguirre, Alonso de Monroy y Francisco de Villagra, que venía con setenta hombres desde Charcas, aportando un numeroso contingente de cincuenta hombres de a caballo y veinte de a pie. En este valle esperan unos días para que se aprovisionase la comitiva¹⁴.

Todo el grupo se dirige desde el valle de Tarapacá hacia el valle de Atacama, que se encuentra a setenta leguas de distancia (unos 370 km). En el trayecto, debido a las dificultades impuestas por la naturaleza, Valdivia distribuye a su gente en grupos de veinte soldados, debido a que los pozos de agua son pobres y de poca capacidad, además, la hierba para que los animales se alimentasen también era muy escasa. La falta de agua en el camino es superada gracias a las técnicas empleadas por los naturales del Cuzco, que acompañaron a la expedición, quienes guardaban y transportaban agua mediante

la utilización de vejigas de lobo marino, cueros de carneros (odres) y calabazas secas y vaciadas. En el trayecto existían algunos pozos, pero en su mayoría las aguas eran salobres, además, aquellos que se podían utilizar no siempre se reponían con rapidez, como se menciona anteriormente.

Al continuar el trayecto, nuestro cronista consigna que los indígenas del área estaban avisados de su venida. Esto se tradujo en el ocultamiento de sus alimentos en los arenales, para evitar que los encontraran, de manera que el hambre obligase a los españoles a retornar al Perú. Las poblaciones indígenas de este sector construían sus habitaciones en los faldeos de la sierra, para defenderse con mayor facilidad y provocar ataques sorpresivos, según consigna el cronista. En este valle los indígenas de Guatacondo y de Pica no sólo se limitaron a esconder los alimentos que eran maíz, semillas de algarrobo y de chañar, sino también quemaron muchos de ellos, debido a su abundante provisión. Además, ocultaron a sus mujeres e hijos y fardos de pertenencias en las alturas de la sierra, y ellos se armaron para resistir, si fuese necesario.

Antes de llegar al área de Atacama, la comitiva de españoles es atacada por un numeroso grupo de indios “chichas”, lo que obligó a Pedro de Valdivia a dividir su gente en dos grupos, poniendo entre estos a los que transportaban las vituallas. Varios caballos resultaron heridos, “*Salieronle en ciertas quebradas al camino hasta mil y quinientos indios chichas, que son de una provincia cercana a Atacama dentro de las sierras nevadas, gente belicosa, los cuales vinieron con sus arcos y flechas y macanas*” (capítulo VII, p. 55).

El cronista comenta las características de una zona que, según parece, consideró contrastante con la región por donde atravesó el grupo de españoles en su viaje desde Tacna hacia el salar de Atacama. La describe destacando que se aprecia un río que hace posible la existencia de árboles, en especial de algarrobos y chañares, los que permiten un mayor nivel de vida a los indígenas, que practicaban una agricultura bastante eficiente, a ojos del cronista. Se refiere a los indígenas del área de San Pedro de Atacama. Además, da cuenta de la riqueza de minerales existentes en las cercanías de este conjunto de oasis.

Instalados en el lugar, Valdivia y sus hombres se preparan para la travesía del despoblado de Atacama, ordenando primeramente que en grupos de veinte soldados, acompañados de yanaconas,

recorran la zona para recolectar alimentos, porque no recibieron ayuda de los indígenas del lugar, que incluso, emboscados, los atacaban durante las noches. Debido a los reiterados ataques, Valdivia decide que hay que atacar el lugar en donde se guarecían los indígenas, para terminar con la resistencia. Los indígenas, atentos y con sus armas, resistieron en el pucará, situado en las cercanías del campamento español. Muy singular fue la resistencia que opusieron los naturales en el Pucará de Quito cerca de San Pedro de Atacama, lo que obligó a Francisco de Aguirre, uno de los capitanes de Valdivia, a realizar una temeraria acción acompañado por unos treinta soldados, para apoderarse del lugar y vencer la enconada resistencia que presentaron los indígenas¹⁵.

La estrategia utilizada por los indígenas de la región de Atacama intentaba debilitar al grupo de españoles, para que así al llegar al valle de Copiapó pudiesen ser derrotados o muertos con facilidad, dado que este recorrido era realizado a través de un área sin grandes posibilidades de supervivencia, que corresponde a lo que hoy conocemos como “*el despoblado de Atacama*”, lo que implicaba que su arribo al mencionado valle sería en muy malas condiciones físicas y anímicas. Efectivamente, en el área desértica la comida resultaba escasa y muchos de los yanaconas que acompañaban a Valdivia fueron enviados varias veces a recolectar alimentos, hierbas y leña para el sustento del grupo. En estas circunstancias, debieron resistir muchos ataques de los indígenas lugareños en su avance por este despoblado hacia el valle de Copiapó, sector en el cual se produce un cambio climático, que permite una vegetación algo más abundante y que cuenta con recursos de agua permanentes. Esta travesía se realizó en pequeños grupos, ya que los españoles eran ciento cincuenta y tres hombres, y viajaban acompañados por varios centenares de yanaconas.

Después de una penosa travesía iniciada el 15 de septiembre, Valdivia llega a Copiapó el 24 de octubre de 1540, adelantándose al grueso de la expedición con cincuenta hombres de a caballo, e inmediatamente, crea pequeños grupos para que recorran el valle en busca de alimentos, unos hacia la cordillera y otros hacia la costa. No encontró gente, pues los nativos estaban alzados, “*y puestos en partes fuertes por ser avisados por los indios de Atacama de la venida de los cristianos y esto habían hecho los naturales*” (capítulo XII, p. 67). Las relaciones con los nativos alzados se mantuvieron esporádicamente, mediante diálogos

sostenidos por yanaconas, que acompañaban a Valdivia, en la lengua del Cuzco (quechua), la que era entendida por algunos jefes indígenas. Estos se habían relacionado con las fuerzas de ocupación incaicas, las que se desplazaban por este territorio desde fines del siglo XV. Finalmente, el 26 de octubre de 1540, Valdivia toma posesión del Valle de Copiapó, en nombre del rey de España, en presencia de un escribano.

El primer diálogo sostenido por Valdivia con un jefe local, de nombre Ulpar, representante de dos señores, Aldequín y Gualenica, deja entrever que Diego de Almagro y su expedición les habían dado un trato extremadamente duro, de manera que desconfiaban de toda proposición hecha por españoles: “*demandóle el capitán indio qué seguridad tendrían los señores y él de aquello que allí les decía y prometía?*” (capítulo XIII, p. 70). Fruto de este diálogo, el capitán español logró una paz transitoria con los jefes del área de Copiapó, la que se concretó en una comida en la cual participaron tres jefes indígenas y Valdivia. Durante esta reunión, el conquistador entregó presentes a todos los participantes, tales como tijeras, espejos y cosas de vidrio, “que ellos tienen en mucho”.

Sin embargo, las conversaciones de paz no rindieron frutos, debido a que los indígenas querían que Valdivia abandonara lo antes posible el valle, lo que finalmente logran al no entregar alimentos. Incluso, los indígenas se refugiaron en un pucará en las serranías de Copiapó, el mismo que ya habían utilizado cuando los incas penetraron al valle. Este se ubicaba estratégicamente situado entre dos montes, dejando un espacio muy angosto, el cual podía ser defendido por ambos lados, de manera que resultaba difícil de capturar. Esta modalidad de defensa, aprovechando las dificultades del terreno, servía al indígena para contrarrestar la rapidez que el caballo le otorgaba al español, razón por la cual éstos sentaban sus reales en terrenos planos y extensos.

Es importante destacar que los indígenas contaban con redes de espías, los que estratégicamente situaban entre los grupos indígenas al servicio de los españoles, lo que les permitía prever algunas acciones a desarrollar. A pesar de todo, el pucará cayó en manos españolas, gracias a la utilización de nuevas armas, como el empleo del mosquete, el caballo, para aproximarse al lugar, y el ataque sorpresivo durante la noche, estrategia que no era practicada por los indígenas. Ello permitió la

captura de más de trescientos naturales, los cuales fueron llevados al valle, donde los españoles tenían levantado su campamento.

Tras una corta estadía en el valle de Copiapó, Pedro de Valdivia decide continuar su trayecto hacia el sur, para llegar al valle del Huasco, a unas treinta leguas de distancia. Antes de partir, liberó a los indígenas que mantenía prisioneros, entre ellos a las mujeres e hijos del cacique Gualenica, para que se las entregasen a él, exigiéndoles, luego, que debían ir al valle del Mapocho “*a darle obediencia en nombre de su majestad*” (capítulo XVIII, p. 79). Para alcanzar el valle del Huasco, el capitán dividió su expedición en dos columnas, una continuó por el área precordillerana, siguiendo el camino del inca, la otra avanzó por la cercanía de la costa. Ambas debían encontrarse en medio del valle, como de hecho así sucedió, ya que el cronista menciona que prendieron a un capitán general indio, de nombre Calaba, lo que provocó una gran resistencia indígena tratando de recuperarlo. Dicha resistencia se caracterizó por la utilización de galgas (piedras redondeadas, de distintos tamaños), que los indígenas arrojaban desde los cerros cercanos, haciéndolas rodar, de manera que arrastraban otras, generando pequeños derrumbes.

La razón de tan enconada resistencia por parte de los naturales de este valle, nuevamente, se debió al mal tratamiento que habían sufrido de parte de Diego de Almagro y su gente, ya que le habían quemado a su cacique principal, de nombre Marcandey. El hijo de éste había prometido nunca servir a esta gente. En este valle se repite la misma política de los naturales de Copiapó, esconder los alimentos para que la expedición española abandonase lo antes posible el lugar.

El grupo continúa hacia el sur, dirigiéndose al valle de Coquimbo. Como primera medida, envía a Francisco de Aguirre con algunos soldados para que tomasen prisioneros. Luego de recorrer la zona este regresó con catorce indígenas presos. Dichos prisioneros le dijeron al capitán “*que estaban en las sierras escondidos con el temor que tenían de los cristianos. Como estaban avisados de nuestra venida, habían escondido la comida que tenían, que no se podía hallar*” (capítulo XX, p. 82). Cuando más adelante se dirigieron al valle del Limarí, también lo hallaron “*despoblado y toda la gente recogida a las sierras*”. Gracias a la captura de algunos nativos, pudieron conseguir parte de las provisiones que se encontraban escondidas. En los días de su

paso por Coquimbo y Limarí soportaron varios ataques de los indígenas, dos de ellos realizados durante la noche, tras ocultarse la luna, hacia las dos o tres de la madrugada, una vez consumados los ataques, al ser rechazados por los españoles, huían para refugiarse en las alturas de los cerros.

La falta de alimentos, debido a la estrategia de los indígenas a lo largo de los valles de la zona norte, obligó a los españoles a comer los perros encontrados en las aldeas abandonadas por estos: “*allegaron a estas chozas muy alegres, entendiendo que había gran copia de bastimento, y fue lo que hallaron cinco chollos, que son unos perros de la grandeza de gozques (perros pequeños), algunos mayores, los cuales fueron tomados y luego muertos y asados y cocidos con zapallos, que son de la manera que tengo dicho. Y esto se comió, y no se tuvo por mala comida*” (capítulo XX, p. 83).

Una noticia entregada por los indígenas animó al grupo de españoles: se trataba del avistamiento de un barco, en la costa del área, a lo que el capitán alienta a sus soldados diciéndoles que solamente les quedan cincuenta leguas para llegar al valle del Mapocho, y que lo acompañen hasta allí, para fundar la esperada ciudad, ya que ahora contarían con las provisiones y apoyo traído por el barco. Valdivia y treinta jinetes “*allegó al valle de Cocambala (Combarbalá), el cual halló despoblado y, por este respecto, pasó al de Choapa, que es valle en el cual no halló gente ninguna*” (capítulo XXIV, p. 89). Para conseguir alimentos capturaron otros indígenas para que les informasen acerca de dónde escondían las provisiones, las cuales fueron guardadas para el grueso de la expedición.

Resistencia en la zona central

Desde el valle del Choapa, Valdivia envía a cuarenta jinetes para que se dirijan a la costa, hacia la boca del río Aconcagua, para encontrarse con el navío enviado desde el Perú. En el trayecto encontró a algunos indígenas encabezados por el cacique Atepudo, que estaba en pugna con Michimalonco, Señor de las mitades del valle de Aconcagua. A este le solicita que envíe mensajeros por todo el valle para que no haya resistencia, porque ellos vienen en paz, “*que los tendría por hermanos y amigos*” (capítulo XXIV, p. 90).

Una vez reconocido el valle de Aconcagua, en donde constatan la existencia de muchas tierras dedicadas a la siembra y cultivo de vegetales,

regadas por una red de canales desarrollados por los indígenas, Valdivia y sus hombres abandonan este fértil valle y se dirigen hacia el área del Mapocho. Una vez allí, separa a los miembros de la expedición en cuatro grupos para que lo recorran y así dar la impresión de ser un gran contingente. En este ejercicio pasaron veinte días, sufriendo hambres, hasta que finalmente se acercaron los caciques Atepuo y Quilicanta, ambos enemigos de Michimalonco. A estos se les sumaron otros once caciques comarcanos, amigos de Quilicanta, *“por ser valeroso y ser uno de los incas del Pirú estaba puesto por el Inca en esta tierra por Gobernador; y estando este Inca en esta tierra cuando vino el adelantado don Diego de Almagro y él le sirviese y se le diese por amigo. Fue esta amistad parte que él fuese enemistado de los caciques e indios como muchas veces suele acaecer. Era principalmente adverso suyo Michimalongo, el cual le quiso matar. Viendo el Quilicanta la enemistad que le tenían y le mostraban, ajuntó a todos sus amigos y vino a poblar el valle y río de Mapocho. De allí les hacía la guerra a los caciques Michimalongo y Tanjalongo, la cual tenían muy trabada cuando el general llegó con los cristianos a esta tierra”* (capítulo XXVII, p. 95).

Una de las primeras acciones que Pedro de Valdivia realizó al llegar a este valle fue juntar a todos los jefes indígenas y les habló exigiéndoles paz y obediencia, agregando que de no cumplirse estos mandatos reales serían duramente castigados. Pudo efectuar esta comunicación gracias a que contó con la ayuda de un indígena del Cuzco, lugar de origen del propio Quilicanta, según acota Bibar. Como Valdivia fue informado que el invierno se aproximaba, mandó a sus soldados que, con ayuda de los indígenas, y siguiendo el trazado de la nueva ciudad, levantaran una iglesia y viviendas para protegerse de las inclemencias del tiempo y, además, cuidar de sus caballares. Para realizar estos trabajos, los indígenas aplicaron el sistema de *“mita”* (trabajo por turnos), para así poder prestar la ayuda pedida por los españoles. El empleo de la mita por parte de los indígenas locales permite entender que este sistema de trabajo imperó en toda el área andina, penetrando en su segmento sur hasta, por lo menos, el valle del Cachapoal, lo cual involucra una unidad cultural cuyos patrones se manifiestan en toda su larga extensión.

Al término del ya citado capítulo XXVII, el cronista informa que antes de la llegada de los

españoles esta tierra había sido conquistada por los señores del Perú, y mucho antes había transitado por estas tierras un santo varón que predicó acerca de Dios, creador de todas las cosas y seres. Esta enseñanza fue olvidada debido a los nuevos ritos y ceremonias traídos por los incas. Otro de los hechos que llama la atención al cronista es la actitud de los *“indios amigos”* que, a diferencia de lo que les había ocurrido en el trayecto desde la región de Atacama, en que la hostilidad de los indígenas se había manifestado escondiendo los alimentos, en este valle, en cambio, numerosos jefes entregaron abundantes provisiones a los españoles, porque así podían protegerse con la ayuda de estos frente a la permanente hostilidad de Michimalonco y otros jefes, y su promesa de aniquilarlos.

Cuando estaban trazando y construyendo la ciudad, luego de tres meses de permanencia en ella, Valdivia decidió ir al valle del Aconcagua al encuentro del rebelde Michimalonco, que se negaba sistemáticamente a venir de paz, y amenazaba con exterminar a los jefes indígenas que habían hecho amistad con los españoles. El jefe rebelde se encontraba a doce leguas de la nueva ciudad, protegido en un fuerte construido con grandes y espinosos troncos de algarrobos, para impedir el acercamiento de la caballería española. Este se encontraba situado en una loma alta y, al otro lado, tenía un gran cerro de grandes peñascos, y por sus faldeos corría un pequeño río. Sin duda que este jefe había sabido elegir muy bien el lugar donde instalarse: *“De ramas (de algarrobo espinoso) y árboles tenía este cacique hecho un fuerte...que era tan aparejado para ofender como para defender, principalmente a gente de a caballo. Estaba tan tejido y tan gruesa que parecía muralla. Y aquella trinchera iba por la delantera de este fuerte”* (capítulo XXX, p. 99).

El conquistador decide atacar el fuerte, dividiendo sus fuerzas en tres: las dos primeras, que eran grupos de caballería, a cargo de los capitanes Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra, la tercera estaba encabezada por el mismo. A pesar de ser atacados por tres flancos, los indígenas opusieron una dura resistencia. La batalla en el fuerte duró cerca de hora y media y de los cuatro mil indígenas que lo defendían, los españoles mataron a trescientos cincuenta, según consigna Vivar (capítulo XXXI p. 101). Ante esto, *“viendo Michimalongo sus indios muertos y desbaratados, salió a que los cristianos lo viesan desnudo en carnes embijado*

y arrayado con tinta negra todo el rostro y cuerpo porque así lo acostumbran ellos por ferocidad. Traía sus vergüenzas tapadas con una cobertura hecha de pluma; traía su arco y flecha en las manos, diciendo Inchi Michimalongo, que quiere decir yo soy Michimalongo” (capítulo XXXI, p. 101).

El modo que utiliza este jefe indígena para poner fin a la batalla es el siguiente, según describe el cronista: “Preso el Michimalongo, hizo una seña a su gente que fue tirar una flecha en alto, la cual iba silbando, las cuales traen para este efecto: Cuando hace esta seña el señor o capitán es que no peleen más, y luego los indios sosegaron, que no peleaban ni daban mas grita” (capítulo XXXI, p. 101). El jefe indígena es conducido ante la presencia de Pedro de Valdivia y exclama, “Tata, que quiere decir señor, manda a estos cristianos que no me maten más gente, porque yo ya he mandado a la mía que no peleen, y les he mandado que vengan a servir” (capítulo XXXII, p. 102). Luego se acercaron los indígenas vencidos, rindiendo sus armas, según su costumbre. A continuación, los españoles fueron al campamento y tomaron a las mujeres de Michimalonco, que habrían estado guardando dos talegas de oro, las que no fueron encontradas. Valdivia devuelve sus mujeres al jefe indígena y le dice que puede quedarse con el oro, si lo encuentra entre sus hombres, dejándolo en libertad. Este responde prometiéndole que le entregará una gran cantidad de oro, a futuro, y además que le mostrará de dónde lo extrae. El jefe indígena, además, proveyó de maíz y algunas ovejas a los españoles, ordenando a toda su gente que sirviese a los cristianos.

Prontamente, envía Valdivia a los capitanes Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra con cuatro soldados que fuesen a constatar la veracidad de la información entregada. Las minas existían realmente, y estaban ubicadas a catorce leguas, por el valle del río Aconcagua, hacia la costa. Se trataba de las minas del río Marga Marga, en la región mandada por Tanjalonco, señor de esa mitad del valle. En el trayecto hacia las minas, los españoles constataron que los indígenas tenían construido un gran fuerte rodeado de un foso lleno de agua. En las paredes de éste, semiocultas, existían troneras para los flecheros y el acceso estaba dado por una pequeña puerta por donde podía pasar sólo una persona, agachada. La avanzada, constituida por seis soldados, se encontró con seiscientos defensores en el lugar. Mediante una estratagema, que

consistió en acercarse al fuerte muy temprano, lograron penetrar en este sin ser vistos, apresando al jefe indígena llamado Leve, luego regresaron al campamento de Pedro de Valdivia.

El esfuerzo de Valdivia por ganar la parte baja del valle de Aconcagua tenía una clara motivación:

En dicha área se encontraba la mina de oro de Marga Marga y numerosa población indígena, que era indispensable para extraer el preciado mineral. Paralelamente, decide construir un bergantín, para utilizarlo en el envío del oro obtenido en el yacimiento hacia la ciudad de Lima. Al apoderarse de esta fuente de riquezas el Capitán estimaba que podría atraer a muchos otros soldados desde el Perú, para llevar a cabo la tarea de conquista del valle central de Chile. Estimando que la medida podría tener buen resultado, ordena liberar a Michimalonco, para que, ante una actitud tan generosa, los indígenas trabajaran en la obtención del oro. Realizada esta labor, Valdivia decide regresar a la ciudad de Santiago, donde debe resolver un intento de motín por parte de algunos de sus soldados.

Entretanto, viendo la debilidad de la dotación dejada en Marga Marga, Michimalonco toma una serie de medidas, encaminadas a expulsar a los españoles; en primer lugar, desata un ataque por sorpresa para retomar el control de este yacimiento. Además, ordena destruir el bergantín en construcción, logrando matar a trece de los quince españoles que allí laboraban. Sólo dos de ellos pudieron escapar y llegar a salvo a la ciudad de Santiago, donde relataron lo sucedido. Ante estos acontecimientos, el conquistador “mandó en la ciudad prender todos los caciques y poner a buen recaudo, poniendo guarda sobre ellos” (capítulo XXXV, p. 108). Siguiendo el ejemplo de lo ocurrido en el valle del Aconcagua, los indígenas de las cercanías de Santiago dejaron de cultivar sus sementeras y procedieron a esconder todas sus provisiones, para así obligar a los españoles a que abandonasen la ciudad y el valle del Mapocho. Pero las acciones no solo se concentran sobre los cristianos, sino también persiguen a los yanaconas, indígenas puestos al servicio personal de estos, para debilitar las fuerzas españolas, que se verían obligados a redoblar sus esfuerzos por mantener su permanencia en esta área. Tal cambio de actitud demuestra que la jefatura y capacidad de mando de Michimalonco era respetada y temida por los nativos de este valle.

La resistencia a la presencia de los españoles en Santiago se inicia con un llamamiento general,

en el cual “ordenaron sus gentes e hicieron grandes banquetes y borracheras hacen sus acuerdos y dan orden a la guerra” (capítulo XXXVI, p. 110). En medio de la junta, “Hicieron en una unión y conformidad que dieron orden en cómo matarían a todos los cristianos que había en la tierra, diciendo que eran pocos. Para efectuarlo concertaron que se ayuntasen por provincias y que se diesen avisos a los que convenía darse. Fueron luego ayuntados diez mil indios en el valle de Aconcagua del mismo valle y de los más cercanos a la voz del cacique Michimalongo así mismo por parte del cacique Quilicanta. Ayuntáronse más todos los indios del valle de Mapocho y otros que llaman los Picones, que son los que agora se dicen Pormocoes.... que eran todos diez y seis mil indios” (capítulo XXXVI, p. 110).

Enterado de esta situación, Valdivia decide salir de Santiago, acompañado de sesenta hombres y se dirige al valle de Aconcagua, para desbaratar a Michimalonco, buscando evitar que este siguiera engrosando su ejército. Desgraciadamente se iba a perder el efecto sorpresa, porque Quilicanta, preso junto a otros caciques en Santiago, hace saber a Michimalonco, mediante mensajeros, el plan español, con el objetivo de contrarrestar el ataque por sorpresa y, por otro lado, Michimalonco procuraba evitar las disputas y lograr la amistad con dicho cacique, lo que afirma el cronista con la frase siguiente: “por verse amigo del Quilicanta, que era una cosa que él mucho deseaba porque era más poderoso que no él” (capítulo XXXVI, p. 111).

Además, por medio de mensajeros, el cacique Quilicanta le proporciona a Valdivia cuatrocientos indígenas del Mapocho, con fama de buenos guerreros, para que lo acompañen en su misión. Estos indígenas, en el momento de producirse el enfrentamiento, debían matar todos los caballos y tratar de eliminar a los españoles. Durante el trayecto, en Colina, a cuatro leguas de Santiago, los españoles sorprenden a dos indígenas que se encontraban semiescondidos, observando al grupo de soldados. Estos estaban dedicados a contar el número de soldados, consignándolo en un quipu. A lo que agregaron en su declaración que el día en que esta fuerza se encontrase con Michimalonco todos los demás se dedicarían a atacar la ciudad, quemarla y matar a los cristianos. Una vez ahorcados estos dos informantes, Valdivia suspende la expedición que se dirigía hacia la junta de Michimalonco y decide regresar rápidamente a Santiago, se entera

además que en la provincia de los pormocoes, junto al río Cachapoal, a doce leguas al sur de la ciudad, los indígenas construían un fuerte bajo las órdenes del señor del valle.

Al llegar a la ciudad, Valdivia expresa a su gente un sentimiento que era general, y que demuestra el grado de resistencia indígena que permanentemente manifestaban estos en todas las áreas por donde había pasado en su trayecto hasta el valle del Mapocho. Dice a los vecinos lo siguiente “Ya véis y sabéis, señores amigos y compañeros, en el tiempo que aquí allegamos a esta tierra la mala voluntad que los caciques y señores de ella nos han mostrado y muestran, y las maldades y traiciones y mentiras que nos tratan y siempre con nosotros han usado; también sabéis que Dios Nuestro Señor y su Sagrada Madre Santa María nos han favorecido y librado y defendido de ellos y de sus cautelas y abominaciones como claramente hemos visto” (capítulo XXXVII, p. 113). Informa además que se dirigirá a desbaratar a los de Cachapoal, pidiendo a todos los que se quedaban que defendiesen la ciudad “no duerman de noche, aunque no les quepa la vela, desarmados ni descalzos los pies, porque el peso de las armas no canse ni ha de cansar a los hombres de guerra” (capítulo XXXVII, p. 114).

Antes de salir, Valdivia encarga a los vecinos que no descuiden a los caciques que mantenía prisioneros en Santiago, por sobre todo al cacique Quilicanta. Pero lleva con él a dos jefes “promocoes”, puesto que su objetivo es recorrer el área del río Cachapoal. En primer lugar, se dirige a atacar el fuerte que los indígenas habían construido a orillas de este río. Realiza el ataque al cuarto del alba y logra capturar un numeroso grupo de indígenas promaucaes. Entretanto, a cinco días que éste había salido de la ciudad, aprovechando que el grupo de defensores se encuentra disminuido, Michimalonco decide atacar la ciudad. Era tal el sigilo puesto en la empresa que “Por no ser sentidos ni vistos, mataban a todos los yanaconas e indios de servicio que hallaban y, sin ser sentidos, se allegó a la ciudad muy junto” (capítulo XXXVIII, p. 116).

El cronista afirma que para realizar el ataque el jefe indígena contaba con diez mil indios, repartidos en cuatro grupos, con el objeto de atacar la ciudad por cuatro flancos. Los defensores se agruparon en cuatro pequeños contingentes de treinta y dos soldados a caballo, para contrarrestar los posibles ataques. Estos fueron encomendados a Francisco Villagra, Francisco de Aguirre, Juan de Avalos, y

el cuarto, bajo las órdenes del teniente dejado por Valdivia. El ataque indígena se llevó a cabo al alba del domingo 11 de septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta¹⁶.

Los indígenas atacaron al cuarto del alba, *“echando fuego que traían escondido en ollas y, como las casas eran de madera y paja, y la cerca de los solares de carrizo, ardía muy de veras la ciudad por todas cuatro partes”* (capítulo XXXVIII, p. 116). La lucha se extendió por todo el día. Los indígenas eran apoyados por sucesivas oleadas de combatientes frescos, buscando extenuar a los defensores. Un grupo capitaneado por uno de ellos se concentró en atacar rodeando la casa del gobernador, en la cual se encontraban los caciques presos, bajo el cuidado de Inés de Suárez. Para evitar que estos lograsen ser liberados, ella... *“echó mano a una espada y dio de estocadas a los dichos caciques, temiendo el daño que se recrecía si aquellos caciques se soltaban. A la hora que el entraba (se refiere a un capitán con mil indios que asalta la casa de Valdivia), salió esta dueña honrada con la espada ensangrentada, diciendo a los indios: afuera auncaes que quiere decir traidores, que ya yo os he muerto a vuestros señores y caciques, diciéndoles que lo mismo haría a ellos y, mostrándoles la espada, los indios no le osaban tirar flecha ninguna porque les había mandado Michimalongo la tomasen viva y se la llevasen. Como les decía que había muerto a los caciques, oído por ellos y viendo que su trabajo era en vano, volvieron las espaldas y echaron a huir los que combatían la casa”* (capítulo XXXVIII, p. 117). El ataque a la ciudad culmina dos horas antes de la puesta del sol.

La razón por la cual los indígenas se retiran, tras haber destruido casi por completo la ciudad, es explicada por el cronista luego de la captura de algunos de ellos que temerosos sostenían *“porque un Viracocha viejo en un caballo blanco, vestido de plata con una espada en la mano, los atemorizaba y muchas gracias a Nuestro Señor y al Bienaventurado Apóstol Señor Santiago, patrón y luz de España. En esta batalla murieron ochocientos indios, y los indios mataron dos españoles y catorce caballos que, por miedo de este cristiano, huyeron. Entendido los españoles tan gran milagro, dieron”* (capítulo XXXVIII, p. 118).

¿Cuál es la situación en que quedaron los expedicionarios tras el ataque y destrucción de la ciudad de Santiago? Iniciando el capítulo XXXIX, el cronista dice que el pequeño contingente que

defendió la ciudad consideró como un gran triunfo el abandono del ataque por parte de los indígenas y le comunicaron a Pedro de Valdivia *“dándole a entender y cuenta del suceso y victoria que mano de Dios y ayuda del Bienaventurado Apóstol Señor Santiago, hubieron”* (capítulo XXXIX, p. 119).

Al regresar Valdivia a la destruida ciudad, como primera medida manda cavar grandes hoyos y enterrar a todos los indígenas muertos durante el ataque. Inmediatamente sugiere a su gente que se debe reedificar la ciudad y, a la vez, renovar los esfuerzos para desarrollar cultivos que les faciliten la alimentación. Se dedicaron a la reconstrucción y siembra durante los dos años siguientes, con la finalidad de restablecer una cuota de alimentos para el sustento de las personas y otra parte para la siembra de los años siguientes. A la vez, para aumentar la producción de trigo, destinan buena parte de la producción para ser utilizado como semilla; paralelamente, se dedicaron a la caza de numerosas especies naturales, tales como guanacos, perdices e incluso chicharras, y así mejorar la dieta alimenticia.

Otra dificultad que se sumó a las tenidas por los españoles tras la destrucción de Santiago fue el tiempo que debieron ocupar, tanto de día como de noche, en vigilar y proteger las sementeras con los cultivos que les asegurasen la sobrevivencia, para así disponer del tiempo necesario y recurrir por ayuda al virreinato del Perú. Parte de sus energías las dedicaron a construir un fuerte en adobe, cuyas paredes tenían más de tres metros de altura y un ancho cercano a un metro. En cada una de las cuatro esquinas había torres con troneras para disponer de una buena defensa. El fuerte fue empleado además como lugar de resguardo de todos los bastimentos y las semillas. La construcción del fuerte y la continua vigilancia de las sementeras alertaron a los indígenas, que leyeron en esta iniciativa la confirmación española de permanecer en el área para continuar la conquista del territorio ganado. Los indígenas no solo van a aumentar la frecuencia de los ataques sino también abandonan sus siembras, alimentándose de vegetales silvestres, para así lograr que los españoles abandonen la zona ocupada, del mismo modo como anteriormente lo había hecho Diego de Almagro.

Valdivia envió luego al Perú a su teniente Alonso de Monroy con cinco compañeros. Estos llevaban siete mil pesos y oro disimulado en estribos, pomos y guarniciones de las espadas y colleras de los caballos, para evitar ser asaltados en su largo camino, pues

había en los valles del norte muchos indígenas en pie de guerra. La comitiva, según el cronista, deja la ciudad el 26 de diciembre del año de 1541. El dinero y el oro portado tenían un destino claro: ser utilizados para atraer más personas desde Lima y Cuzco, que integraran el contingente español para ayudar en la conquista del territorio chileno.

Entretanto, en Santiago, para evitar nuevos ataques a la ciudad, Valdivia mandaba contingentes de veinticinco hombres a caballo para que recorriesen los valles y montes aledaños con el fin de destruir todas las defensas (pucarás) que los indígenas estuviesen construyendo. Estos grupos se alternaban cada quince días. El cronista anota que éste “*Salió con sesenta hombres y fue a deshacerle los pucaranes o fuerzas que los indios tenían en sus provincias, porque de allí hacían el daño que podían y se acogían a ellas*” (capítulo XLII, p. 124). Al no tener sosiego, los indígenas se alejaban cada vez más del área circundante de la ciudad. Los indígenas se retiraron agrupados hacia el sur del río Cachapoal, que el cronista destaca como la zona de los promaucaes, los cuales les facilitarían tierras para sus cultivos, de manera que los españoles no contasen con mano de obra para sus propias labores, para que se desanimasen y retornasen al Perú.

Además de esto, los indígenas idearon un ardid, enviando una avanzada de falsos servidores que más adelante, en fecha convenida, atacarían simultáneamente a los españoles con ayuda de los promaucaes. Sabida esta intención, los españoles se adelantan y sorprenden a un numeroso grupo que se estaba reuniendo, provocando numerosas bajas entre estos. Para conseguirlo, Valdivia envía durante la noche un destacamento de cuarenta ballesteros a que se embosquen en un sector cercano al lugar de la junta de indígenas y, al día siguiente, con un contingente de a caballo marcha a atacar dicha junta. Ambas fuerzas logran la captura de varios jefes indígenas, provocando la muerte de muchos otros.

Entretanto, los seis españoles que se dirigían al Perú capitaneados por Alonso de Monroy llegaron al valle de Copiapó, entrando en este sacaron comida de una chacra y fueron sorprendidos por Cateo y Ulpar, dos jefes, acompañados de cincuenta indios de guerra, que los condujeron hacia un lugar donde habitaba Gasco, el único español que dejaron vivo de una avanzada compuesta por ocho soldados, hacía ya nueve meses. El grupo es

conducido donde el cacique Aldequín, quien los recibe en una ramada y casa grande. En este lugar dicho grupo es sorprendido durante la noche y en el ataque perecen cuatro españoles. Alonso de Monroy y el otro sobreviviente se ven obligados a huir hacia el despoblado de Atacama. Son seguidos por el cacique Cateo, quien los recaptura y los conduce nuevamente al valle de Copiapó.

La crónica retorna a la situación de Valdivia y sus compañeros en Santiago, abocados a solucionar los conflictos surgidos con los indígenas en el área situada hacia el sur, posiblemente, entre los ríos Cachapoal y Tinguiririca, porque el cronista no es explícito en señalar en qué lugar geográfico se producen los acontecimientos que describe. El conquistador y sus hombres, junto con Francisco de Aguirre desbaratan el fuerte que se encontraban construyendo los indígenas de la zona, el que fue ferozmente defendido usando arcos y flechas. A pesar de tan enconada resistencia, este cae en poder de los españoles, acción en la cual muchos indígenas pierden la vida. Los que se salvaron huyeron a esconderse en la espesura del monte. Tras esto, los indígenas hicieron un segundo ataque, dirigido especialmente a la caballería española, para dejar al contingente español con una movilidad reducida. Sin embargo, este nuevo ataque también resultó un fracaso para los nativos. Estos lo intentaron nuevamente, cuando los españoles se dirigían hacia una llanura, para lograr defenderse mejor. Un pequeño destacamento a caballo logró dispersar y obligar a los indígenas a refugiarse en la espesura, sin volver a realizar un nuevo intento de ataque. Posteriormente, los españoles a cargo de Francisco de Aguirre se dedican a recorrer el área durante cerca de catorce días, llegando incluso hasta el mar, con el objetivo de llevar alimentos a la ciudad de Santiago, ya que se aproximaba un duro invierno.

Días después, Valdivia retorna al valle del Aconcagua y, en las cercanías de la actual Quillota, comienza la construcción de una gran casa-fuerte con el fin de tener presencia en el valle, por si acaso llegasen socorros por vía marítima desde el Perú. Los jefes indígenas Michimalonco y Tanjalonco deciden destruir dicha construcción antes de que fuese terminada. El cronista describe el método que pensaban utilizar estos jefes: “*Decían los indios que aquella casa, para derribarla, convenía echarle las acequias crecidas y, como no tenían cimientto, caería en tierra. Y con el agua mucha harían el campo cienagoso que los caballos atollasen, y que de esta*

suerte serían vencedores; y dijo cómo habían oído tratar a los indios en sus ayuntamientos la orden que habían de tener en el acometer y por qué parte y cuándo y a qué hora” (capítulo XLVIII, p. 139). El ataque fracasó debido a la delación efectuada por un yanacona a la mujer de un jefe indígena amigo de los españoles.

Cuando Pedro de Valdivia se enteró de estos planes y tomando en cuenta los graves daños causados por los indígenas a las sementeras durante su retirada, decidió un castigo ejemplar para Tanjalongo, el cacique jefe de la parte baja del valle de Aconcagua, a quien, luego de haberlo hecho prisionero, ordenó “*cortar los pies por la mitad*” (capítulo XLIX, p. 141). Además, quitan la vida a diez caudillos, procurando con ello que todos los indígenas del valle acordasen la paz. Valdivia procede posteriormente a repartir en encomienda a toda la población indígena del valle de Aconcagua, según consigna el cronista, “*De esta suerte repartió todos los caciques y repartimientos con sus indios que a los tales caciques eran sujetos en sesenta pobladores*” (capítulo LI, p. 144).

Mientras tanto, en las cercanías de Santiago la resistencia indígena no cesaba, los indígenas tenían instalada una red de informadores, y cada vez que un grupo de soldados de a caballo salía a correr la tierra no encontraba ningún indígena, pues estos, ya avisados, se habían guarecido en sus fuertes, evitando el choque frontal. Esta estrategia fuerza a los españoles a atacarlos en sus fuertes, para lo cual Valdivia divide a su contingente en tres grupos, lo que, a su vez, obligaba a los indígenas a dividir también sus fuerzas, desguarneciendo con esta medida el amplio recinto fortificado, que se ubicaba en un punto cercano al río Maipo.

En el capítulo LII, el cronista describe este pucará defensivo existente en el valle del Maipo: “*Antes de pasar adelante, digo que este pucarán y defensa que los indios tenían hecho dentro de muy grandes arboledas. Era de esta forma: a la entrada por donde el general (Valdivia) entró y por la mayor parte al derredor era un monte bajo, por dentro del cual iba un arroyo de agua que allegaba a los estribos y siempre corría y estaba lleno y cercaba todo el sitio de la fuerza. Pasado este arroyo estaba un carrizal alto y demasadamente espeso; tenía un tiro largo de piedra de ancho, y el asiento era tan cenagoso que se hundían los caballos y atollaban hasta las cinchas, y tomaba en circuito todo el fuerte juntamente con el arroyo. Pasada esta ciénaga y*

*carrizal estaba un campo pequeño, alto, enjuto, y llano. Aquí salían lo indios a escaramuzar con los cristianos en este sitio, y aquí estaba una barrada hecha de maderos gruesos soterrados y juntos; de la parte de fuera de este palenque estaba un foso ancho y hondo más que un estado y casi estado y medio*¹⁷. *Con la tierra que de el sacaron, tenían fortalecido el palenque muy enlazado y atado con unos bejucos, que son a manera de raíces blancas, blandas y delgadas. Atan con ellos como con mimbre. Estaba esto tan bien hecho como pueden los españoles hacer una trinchera para defenderse de la artillería. Tenía de alto dos estados y más; tenía esta albarrada o trinchera hechos muy bien tres cubos con sus troneras para flechar; tenía toda esta fuerza y cercado sólo una puerta muy fuerte angosta y no derecha la entrada. Tenían de esta puerta los indios cerrada con muy fuertes tablones gruesos que era cosa admirable de ver.*

Pasado este bastión, estaba otra ciénaga angosta que tenía de ancho un juego de herradura, y junto a la ciénaga una acequia de dos varas de ancho (aproximadamente un metro y sesenta y ocho centímetros), y honda que daba el agua a los pechos, y todo lo dicho estaba en torno de un llano en el cual estaban los indios. Tenían cien casas; en estas casas habitaba la gente de guerra con sus mujeres e hijos, y tenían mucha cantidad de bastimento” (capítulo LII, pp. 147-148).

La captura del recién descrito pucará les resultó una ardua tarea, debiendo luchar cada una de las líneas defensivas que este poseía. Incluso, los españoles se vieron en la necesidad de realizar el ataque simultáneamente por tres partes, para lograr que los indígenas desampararan el fuerte. Una vez dentro, estos procedieron a prender fuego a las chozas, para así lograr la captura definitiva. Producto del ataque resultaron cinco españoles heridos y más de trescientos indígenas muertos. Valdivia, antes de abandonar el fuerte, hace colgar a los jefes principales y a algunos indios, como escarmiento. Inmediatamente, intentaron continuar desbaratando pucaraes, pero cambió el tiempo, pues se aproximaba el invierno y decidieron suspender la campaña y regresar a Santiago el 22 de mayo de 1542.

Luego de los hechos relatados, el cronista consigna que Pedro de Valdivia, acompañado por veinte hombres recorre las riberas del río Maipo, encontrando un sitio en donde los incas habían construido un puente, tomando la decisión de reconstruirlo con madera. Sin embargo, debieron

dejar la construcción a cargo de unos pocos, debido a que Valdivia recibe noticias de la llegada de un barco con refuerzos venidos del Perú y, además, del pronto regreso por tierra de Alonso de Monroy, con sesenta hombres a caballo. Ante esto, ordena que se recorran los valles del norte hasta el de Limarí, para evitar que los indígenas sorprendieran a los expedicionarios. También envía alimentos “*a causa de estar los indios alzados, que no sembraban*” (capítulo LVII, p. 157). El cronista menciona que durante julio de 1543, cuando se envía a un grupo de soldados hacia el valle del Huasco, para encontrarse con los refuerzos esperados desde el Perú, los indígenas continuaban escondiendo los alimentos y cultivaban pequeñas sementeras en diferentes lugares, para hacer más dificultosa la búsqueda o destrucción de estos a los españoles.

En medio de las incursiones sucesivas en los valles del norte, un destacamento de doce soldados al mando de Pere Esteban sorprende y desbarata un pucara, en el valle del Limarí, logrando la captura del cacique Cataloe, junto a muchos otros indígenas, sin que opusieran resistencia. Además, gracias a la delación de una mujer indígena, logran rescatar de unos hoyos en la tierra, donde se encontraban muy bien guardadas, ochenta cargas de maíz, las cuales fueron trasladadas a Santiago, conjuntamente con los indígenas prisioneros.

La esperada expedición de Alonso de Monroy arriba, finalmente, los primeros días del mes de diciembre de 1544, con sesenta hombres, muy fatigados, “*ochenta centímetros de altura, de tallo hueco, que se desarrolla bien que había ocho días que no comían más de cerrajas*” (capítulo LX, p. 161). Después de haber descansado, ingresan a Santiago el primero de enero de 1545. El período comprendido entre la fundación de Santiago y el regreso de Monroy fue de extrema y constante tensión, según Bibar: “*En todo este tiempo después que del Pirú vinieron, que había añosa hasta este punto, no hubo hombre que se desnudase para dormir ni durmiese desnudo, ni desarmado de las armas que cada uno tenía sino era el que estaba herido o enfermo*” (capítulo LX, p. 162).

Al enterarse de la llegada de refuerzos a Santiago, los indígenas del sector situado al sur de la ciudad nuevamente se levantaron, negándose a servir a los españoles, concentrándose en sus pucaraes, y la mayoría de esta población se pasó a la otra banda del río Maule. Esto obligó a Valdivia a comisionar a su capitán Francisco de Aguirre con una dotación

de soldados para vigilar la zona, invernando en ella, durante junio de 1545, con la intención de evitar ataques por sorpresa de los promaucaes. A pesar de los esfuerzos desplegados por Valdivia en la zona, los indígenas lograron destruir un navío y a toda su dotación, los que fueron encontrados por los españoles en una playa de la región. Tras esto, el Gobernador deja a cargo de la provincia de los promaucaes a Francisco de Aguirre, con una pequeña dotación, y regresa a Santiago. Una vez aquí recibe la buena noticia de la llegada de una nueva embarcación, bajo el mando del piloto genovés Juan Bautista Pastene, a quien inmediatamente nombró teniente y capitán general de la mar.

Considerando que había una larga distancia entre Santiago y Copiapó, y tomando también en consideración la necesidad de contar con un puerto de abastecimiento, “*en la primavera del año 1545*” (capítulo LXII, p. 164)¹⁸ Pedro de Valdivia envió a Juan Bohón con treinta jinetes para que fundase una villa, a la cual se puso por nombre La Serena, en el valle de Coquimbo. El mismo año ordenó al capitán Juan Bautista Pastene que navegara hacia el sur, efectuando un reconocimiento de las costas y que, en lo posible, alcanzase a la boca del estrecho descubierto por Hernando de Magallanes. Participan también en esta expedición Jerónimo de Alderete, Rodrigo de Quiroga y Juan de Cárdenas. La embarcación llega a la desembocadura del río Cautín (41° sur), y Alderete toma posesión del área en nombre de Su Majestad y de Pedro de Valdivia. Posteriormente, regresa la expedición al puerto de Valparaíso. Ante la necesidad de reforzar el contingente para la defensa de la ciudad de Santiago, Valdivia instruye al Capitán Pastene para que navegue hacia Perú, en busca de refuerzos. Paralelamente, comisiona a Francisco de Aguirre para que construya un fuerte a orillas del río Maule, para mantener vigilados y sujetos al trabajo a los indígenas promaucaes. Los españoles construyen un bergantín cuya misión será transportar cada tres meses un cargamento de trigo, maíz y cebada, además de aves y puercos, destinados al sustento de los habitantes de La Serena.

Comenzando el año de 1546 Valdivia se dirige hacia el sur, acompañado de sesenta jinetes, cruza el río Itata, para entrar a un territorio antes no alcanzado por los españoles. A poco andar y muy cerca de una laguna, soportaron el primer ataque de los indígenas y, por boca de algunos prisioneros, se enteraron “*como toda la gente de la comarca con*

sus caciques hacían junta para dar en los españoles” (capítulo LXV, p. 170). Al tercer día de avance hacia el sur, la expedición se encontró con grupos de guerreros que representaban la autoridad del Señor Andalién, los cuales al atacar a los españoles “desbarataron del primer encuentro (a) los indios y mataron más de treinta, y todos los demás tomó. Los mandó castigar, cortándoles las narices y así los envió y que dijese a sus caciques que, si no venían a servirles, que así los habían de castigar y que tomasen de aquellos aviso, y que escarmentasen, y que supiesen cómo lo hacen en la guerra los españoles” (capítulo LXV, pp. 170-171). Los enfrentamientos continuaron en esta área, destacando el cronista que mueren doscientos indígenas entre los cuales se contaba a un valiente capitán llamado Malloquete, que representaba al jefe Andalién, por su parte, los españoles perdieron dos caballos y doce soldados sufrieron heridas de alguna consideración.

La expedición continúa su marcha y cruza el río de Andalién, acercándose al caudaloso y ancho río Bío-Bío. Estando allí, Valdivia busca un buen lugar para asentarse, pero como las fuerzas indígenas eran numerosas, decide abandonar el lugar y regresar a Santiago. Su regreso causó un gran placer a los habitantes de la ciudad, porque sabían que los indígenas se podían aprovechar de la ausencia de Valdivia para lanzar un nuevo ataque. Ya estando en Santiago, el gobernador dispuso el envío de un pequeño grupo de españoles al Perú, a cargo de Juan de Avalos Jofré llevando por vía marítima setenta mil pesos en oro, con el objetivo de traer refuerzos desde el virreinato, sin esperar el regreso de la expedición anteriormente enviada, a cargo de Antonio de Ulloa. El cronista menciona en el capítulo LVIII que, durante el mismo año de 1546, la ciudad de Santiago contaba con sesenta vecinos. Los antecedentes mencionados nos permiten comprender las reiteradas peticiones al virreinato de un mayor número de refuerzos hechas por el Gobernador. Durante este año y tras veintiséis meses de ausencia, regresa desde el virreinato el capitán Juan Bautista Pastene, informando a Valdivia en Quillota que el capitán Alonso de Monroy había muerto, y que había encontrado al virreinato sumido en guerras intestinas. Por tal razón, “*no traigo el navío cargado sino vacío, por venir más a la ligera*” (capítulo LXVIII, p. 177).

Debido a estos conflictos que ocurren en el Perú, (que los estudiosos mencionan como las Guerras Civiles 1537-1552), una de las expediciones que

se dirigía hacia Chile, bajo el mando del Capitán Diego Maldonado, formada por un grupo de veintidós soldados, fue atacada por los indígenas del valle de Copiapó, motivada por orden de los indígenas de Atacama, que mantenían comunicación con el bando de Gonzalo Pizarro, en Perú. De la agresión se salvan sólo nueve personas, incluyendo a Maldonado. Valdivia queda sorprendido con lo ocurrido en Atacama y por el enfrentamiento bélico entre las fuerzas de Gonzalo Pizarro y las del virrey Blasco Núñez Vela, en Quito.

Los enfrentamientos en la cabecera del virreinato obligan a Valdivia a viajar personalmente al Perú, saliendo el 13 de diciembre de 1547. Deja a Francisco de Villagra a cargo de la ciudad de Santiago, como gobernador provisional. El objetivo del viaje no fue sólo para buscar refuerzos, sino para defender la causa real en contra del alzado Gonzalo Pizarro. Su decidida presencia en Lima por la causa real hace que se le otorgue el comando de todo el ejército que debía enfrentar a los alzados. Logrado el objetivo, una vez eliminado el bando de Pizarro, el recién llegado Adelantado Pedro de la Gasca autoriza a Valdivia retornar a su gobernación, lo que hace por vía terrestre. Antes de salir de Cuzco, despachó al Capitán Esteban de Soza, con ochenta de a caballo, que viajase por tierra hasta el valle de Atacama, con la orden de esperarlo con provisiones, para poder atravesar el despoblado sin grandes apremios. En el intertanto, Valdivia se dedica a reunir contingente en Lima y en Arequipa. El 26 de abril de 1548, el Gobernador consigue tres barcos y envía uno de estos a Panamá para completar sus aparejos. Al mes siguiente, sus tres barcos, bajo el mando de Jerónimo de Alderete, navegan hacia la capitanía. Valdivia, con seis criados y toda su gente, se dirige a Arica, desde Arequipa, en el mes de agosto. Además, envía al capitán Juan Jofré a la provincia de las Charcas para luego juntarse en el valle de Atacama con Esteban de Soza.

El regreso de Valdivia a Santiago, en un principio, se ve frustrado cuando recibe la orden de retornar a Lima, cuando ya se hallaba en Tacana (Tacna), camino a Santiago, para dar explicaciones al Adelantado La Gasca, acerca de su proceder durante su estadía en Perú. Parece ser que este llamado de La Gasca era para probar la lealtad del gobernador a la causa del rey. Por lo tanto, su regreso prueba y perpetúa la buena relación entre ambos. En el capítulo LXXXI, el cronista detiene el relato para explicar lo que ocurría en Santiago durante la ausencia del

Gobernador. El hecho principal lo constituía una conjura dirigida por un tal Pedro Sánchez de Hoz y su cómplice Francisco Romero, con el objetivo de apoderarse del mando, matando al Gobernador designado por Valdivia, Francisco de Villagra. La conjura es descubierta, y ambos son ejecutados.

Retoma el cronista el relato del regreso de Valdivia desde el Perú, lo que realiza por mar y tierra, vía Arequipa, Tacna, Arica, con un contingente de cerca de doscientos soldados. Ya en territorio de su gobernación, abandona la nave y su primera parada es en la ciudad de La Serena, encontrándola desolada tras un ataque de los indígenas, a causa de un levantamiento de los nativos de la mayoría de los valles de la cercanía de la ciudad, destaca el cronista los de Huasco y Coquimbo. Se vuelve a embarcar, navegando hasta Quintero, desde donde se dirige a su casa en Quillota. Allí permanece tres días y luego marcha a Valparaíso para reencontrarse con el barco, que venía al mando de Gerónimo de Alderete.

El grupo de soldados encabezados por Esteban de Soza, que el Gobernador había enviado desde el Cuzco a Santiago, por tierra, se dirigió al valle de Copiapó, pasando por el despoblado con las provisiones suficientes para atravesarlo sin problemas. En Copiapó se encontraron con Juan Bohón, que les andaba recolectando víveres, para que continuasen con él su camino. Los indios de Copiapó quedaron preocupados por la cantidad de españoles que llegaban. Decidieron rebelarse, por lo que enviaron mensajes a los del valle del Huasco, La Serena y del Limarí, con la orden de que *“diesen en los cristianos y los matasen a todos y quemasen la ciudad... matarían ellos los que estaban en el valle y todos los demás que por allí pasasen”* (capítulo LXXXIV, p. 211).

A los seis días que habían acordado los indígenas para comenzar el ataque, este se inició en el valle de Copiapó, *“dieron los del valle de Copiapó en los cristianos y, como estaban descuidados, no tuvieron lugar de armarse ni pelear con los indios. Así fueron muertos todos y lo mismo hicieron los que dieron en la villa de La Serena, que no se escapó sino uno, cristiano, que se decía Diego Colondres, y quemaron la villa”* (capítulo LXXXIV, p. 211). Entre las acciones de guerra que se desarrollaron en los valles de Copiapó y del Elqui, según señala más adelante el cronista, pierde el contingente español sesenta hombres. Para contrarrestar el ataque concertado de los indios de los valles del norte,

Francisco de Villagra, junto a veinte de a caballo se dirige al valle del Huasco, porque allí se habían concentrado los indígenas en un fuerte, luego de la destrucción de La Serena. Logra desbaratar el fuerte y, por el valle del Huasco, se dirige hacia el mar, para embarcarse en la galera que venía navegando desde el Perú, para luego tomar rumbo hacia Valparaíso y encontrarse con Valdivia. Recién llegada la embarcación, es reenviada, cargada de víveres, al valle del Huasco, con la finalidad de poder apertrechar a los otros cien españoles que se dirigían por tierra a Santiago, desde Copiapó.

La llegada de Valdivia al puerto de Valparaíso se había producido a mediados del año de 1549, cumpliéndose diecisiete meses de su salida hacia el virreinato, para ponerse al servicio del Rey, contra la rebelión de Gonzalo Pizarro. El cronista menciona que todo este período le cuesta ciento ochenta y siete mil quinientos pesos en oro y plata al Gobernador. Pero estos no resultan ser los únicos gastos, ya que lo primero que debe hacer llegando a Santiago es enviar a Francisco de Villagra con treinta mil pesos para que trajese gente, caballos y armas desde el Perú. Una segunda tarea, que le impone a Francisco de Aguirre, es que se dirija al valle de Coquimbo.

Más adelante, la tarea de refundar la ciudad de La Serena es llevada a cabo por el Capitán Francisco de Aguirre, acompañado por treinta hombres, el veintiséis de agosto de 1549. Precedido por su fama de buen guerrero, logra pacificar la zona de La Serena hasta el valle de Copiapó, incluso consigue que los indígenas del mencionado valle, que se habían refugiado en un fuerte, huyeran sin presentarle batalla. También logra el apoyo de otras comunidades indígenas, que operarán como mano de obra para mantener la ciudad de La Serena. Con el fin de amedrentar a los grupos indígenas, Aguirre emplea algunos castigos ejemplarizadores, como por ejemplo, da tormento a un cacique cuyo nombre era Cabimba, del valle de Copiapó, por ser el causante de la muerte de unos españoles que habían pasado por la zona: *“Era indio belicoso y cruel porque los españoles que mataron en Copiapó había tomado uno a vida y le mandó colgar de las alillas. Le tuvo colgado tres días, atormentándole, cortándole sus miembros y, entendido por Francisco de Aguirre por la confesión que este señor y otros indios le decían con la crueldad que había muerto aquel español, mandó hacer la misma justicia en él”* (capítulo LXXXVII, pp. 216-217).

Mientras Francisco de Aguirre pacificaba los valles del norte, en Santiago, tras sufrir una fuerte caída a caballo, Valdivia convalece durante los cuatro últimos meses del año, lo que obliga a postergar las incursiones hacia los sectores del sur, dominados por indígenas rebeldes. A fines del mencionado año de 1549, aún sin haberse repuesto totalmente de su pierna enferma, el Gobernador inicia una segunda incursión hacia el sur. Previamente había nombrado a Gerónimo de Alderete como su general y a Pedro de Villagra como Maestre de Campo, además de varios capitanes. Por la costa envió dos barcos, bajo el mando del Capitán Juan Bautista Pastene, con la misión de apoyar a la expedición terrestre, la que contaba con ciento ochenta hombres de a caballo.

Resistencia en el sur

Durante la recién mencionada incursión, tras pasar el río Itata, comenzaron los primeros enfrentamientos con las comunidades indígenas aledañas, mostrando una mayor presencia de guerreros, debido a que el número de habitantes de esta área era superior. Ya cerca del río Bío Bío, el cronista menciona que “*se desbarataron hasta dos mil indios y se tomaron tres caciques*”, en el área cercana al río Nihuequetén (el río Laja) (capítulo XCIV, p. 231). Valdivia y su gente alcanzan el Bío Bío el 24 de enero de 1550. La expedición prepara balsas de carrizo para poder vadear un río tan hondo. Estaban en esta faena cuando aparece un numeroso contingente de indígenas en la otra orilla, algunos de ellos cruzan en improvisadas balsas buscando enfrentarse con los españoles. En la lucha que se produce, Valdivia utilizó arcabuces, por primera vez, matando a muchos indígenas, el resto se lanzó al agua para huir “*temiendo aquella voz que los mataba sin ver quién, que no aprovechaba asegurarles la vida con buenas palabras. Pasados a la otra parte, no osaban acometer, ni volver sino dar muy grandes voces*” (capítulo XCIV, p. 231).

Debido a la numerosa presencia indígena, el gobernador sube por la orilla del río buscando un lugar que resultase más favorable y sin tanta presencia indígena para cruzarlo. Encontrado el lugar, ordena a Gerónimo de Alderete que pase con veinte jinetes, para enfrentarse a los indígenas que se hallaban más abajo. En este enfrentamiento, Bibar acota que los indígenas de esta área no conocían el caballo, ni conocían su fuerza, por lo que decidieron echarse al río y huir por la tierra, quedando muertos más

de doscientos de ellos. Cruzado el río, Valdivia lo recorre hasta su desembocadura, encontrando gran población indígena y se dedica a enviar “*mensajeros a los señores de aquella comarca hacerles saber a lo que venían*” (capítulo XCIV, p. 232). En las cercanías del encuentro del río Andalién con el Bío Bío, los españoles, nuevamente, se enfrentan con los indígenas, quienes en un grupo muy numeroso y organizado oponen gran resistencia, causando estragos entre los españoles.

El enfrentamiento se produce en el llano; entre ambos ríos “*se pusieron en su escuadrón y comenzaron a tañer sus cornetas... marchando hacia nosotros, sus picas caladas y los flecheros sobresalientes, fue su acometimiento con tanto ímpetu y alboroto y gran alarido como lo usan*” (capítulo XCV, p. 233). Más adelante, el cronista menciona que “*Pelearon tres horas, que jamás pudieron romper a los indios. Eran tan recios los palos y tan espesos que daban a los caballos en las cabezas que les hacían empinar y revolver para atrás*” (capítulo XCV, p. 233). Este encuentro le significó a los españoles quedar con sesenta soldados heridos y más de cien caballos golpeados. La batalla en Andalién demuestra a Valdivia que los indígenas del área del Bío Bío eran más belicosos y mejor organizados para la guerra.

Concluida la batalla, los españoles realizan un reconocimiento de las bahías cercanas y el 21 de febrero de 1550 fundan un fuerte, el que dará origen a la futura villa de Concepción. A modo de defensa, construyen además una trinchera, con dos baluartes, y se envían mensajeros, para que los indios vengan a dar paz y obediencia. No habían pasado dos meses, cuando el capitán indígena Aynavilo se acercó al fuerte español con “*la gente de guerra de toda la tierra venían marchando con sus campos, repartida la gente en tres escuadrones, y que era en tanta cantidad que pasaban de sesenta mil indios, y que venían la gente de las riberas del gran río de Itata con los de Reynoguelén y sus comarcanos en un escuadrón por la parte de oriente de donde estaba el Gobernador y sus gentes y, cumplidos los doce de marzo fueron representados todos tres escuadrones. A hora de nona parecieron entre lomas bajas que tienen sus vertientes sobre el asiento de la ciudad y, como el sol iba contra occidente, reverberaba en aquella gente de guerra y se mostraba ser cosa admirable y aún temerosa ver tanto género de armas, así ofensivas como defensivas, y tantos plumajes y de tan diversas colores*” (capítulo XCVII, p. 236).

Los españoles deciden atacar al escuadrón más numeroso, comandado por Aynavilo, oponiéndole una fuerza combinada de caballería y de infantería logrando desbaratarlos, dejando en el campo a más de trescientos muertos y apresando a más de doscientos. A estos últimos, Valdivia ordenó castigarlos, cortándole las narices y manos derechas, como escarmiento para el resto de los atacantes. El cronista explica que la victoria obtenida por el Gobernador contó con la ayuda de Dios y de su madre, la Virgen, y del bienaventurado apóstol Santiago, porque *“cortándoles las manos a estos indios y hablando con algunos, y decían todos a una que no habíamos sido parte nosotros para con ellos sino una mujer que había bajado de lo alto y se había puesto en medio de ellos, y juntamente bajó un hombre de una barba blanca y, armado con una espada desnuda y un caballo blanco. Visto por los indios tan gran resplandor que de sí salía les quitaba la vista de los ojos, y que de verlo perdieron el ánimo y fuerzas que traían”* (capítulo XCVII, p. 237).

Luego de la batalla de Andalién, llega a la bahía de Concepción Juan Bautista Pastene trayendo refuerzos en dos embarcaciones, las que inmediatamente son despachadas por el Gobernador para buscar víveres, siendo reforzadas por tierra por un grupo de sesenta soldados a caballo, comandado por Gerónimo de Alderete, debido a que esta tierra era muy poblada y con gente muy belicosa. Pero Pastene y sus hombres no pudieron tocar tierra debido a la gran cantidad de guerreros apostados en la costa, dirigiéndose a una isla cercana, que podría corresponder, aparentemente, a la isla Santa María, que se encuentra frente a la bahía. Allí también encuentran resistencia, sin embargo, pudieron imponerse, obteniendo aprovisionamiento de maíz, papas y frijoles, lo que llevó al contingente español instalado en las cercanías de la futura ciudad de Concepción, que fue fundada en el lugar donde Valdivia había hecho construir el fuerte, entrado el verano del año de 1550¹⁹.

A partir del mes de octubre de ese año, Valdivia decide penetrar en el territorio de La Araucanía y, para esto, construir una casa fuerte de adobes, en la cual pudiesen quedar seguros hasta sesenta vecinos y conquistadores, protegidos por veinte soldados de a caballo. Además, despacha a Gerónimo de Alderete, con ochenta hombres de a caballo, para que recorriese la zona hasta el área de la cordillera y, a fines del año, retornase a la costa, junto a la ribera

del río Bío Bío. El Gobernador envía nuevamente a Juan Bautista Pastene a recorrer las islas cercanas a Concepción, con la finalidad de obtener alimentos.

Durante la noche, haciéndose a la vela, Pastene hace una incursión a tierra firme, en la bahía de Arauco. No es bien recibido, perdiendo a cinco hombres y quedando otros veinte heridos. El costo de la obtención de alimentos resultó alto. Prudentemente, se hacen nuevamente a la mar y, luego de tres días de navegación, recalcan en la isla Mocha, también relativamente cercana a la costa. El cronista menciona que la población de la isla era de ochocientos indios, también de una actitud muy belicosa frente a los extraños, aunque lograron hacerse de una buena provisión de papas, maíz y frijoles, alimentos de los cuales había gran cantidad en la isla. Luego de esto, la expedición regresa a Concepción, habiendo tardado treinta días en esta incursión, y Valdivia ordena devolver a la isla a los dos caciques que estos habían traído prisioneros.

Comenzando el año de 1551, Pedro de Valdivia decide fundar nuevos asentamientos hacia el sur. Para esto sale con treinta hombres de a caballo a encontrarse con el contingente de Gerónimo de Alderete, en Andalicán, lugar distante unas cinco leguas (aproximadamente treinta kilómetros) de Concepción. El cinco de febrero de ese año ambos recorren la costa de la provincia de Arauco. En el trayecto los indígenas hicieron uso de un ardid para mantener tensos a los españoles, *“tenían por ejercicio o ardid de guerra darnos muy grandes voces y grita cada día y cada noche, así indios como indias chicos y grandes... era tanto el ruido que no nos oíamos ni aún nos entendíamos”* (capítulo C, p. 244). Llegando la expedición a la orilla del río Cautín, debido a su profundidad y corriente, el grupo se vio en la necesidad de ascender río arriba buscando un lugar adecuado para cruzarlo, pero se encontraron con una gran población de indígenas que intentaban detenerlos con flechas y piedras lanzadas con hondas.

Habiendo cruzado finalmente, se asientan en las orillas del río Cautín, y fundan la ciudad de La Imperial, la que para ser defendida los obligó a levantar un fuerte sobre una loma, dejando una dotación de españoles a cargo de su cuidado. Valdivia permanece en La Imperial durante un mes y medio, debido a los continuos ataques de los indígenas mientras se construía la ciudad. Finalmente, el 7 de

abril, regresa a Concepción con veinte de a caballo, llegando a esta diez días después.

Estando en la ciudad de Concepción, el Gobernador reparte la población indígena a cuarenta y ocho vecinos, otorgándoles cédulas de chacras y solares, con lo cual la ciudad quedó configurada “*en sus baldíos y términos*”. Además, recibe al Capitán Diego de Maldonado, que le trae noticias del Capitán Francisco de Villagra, el que se encontraba en la provincia de Cuyo. Aprovecha esta venida para reenviarlo con nuevas instrucciones a Villagra, solicitando que regresara a Santiago, hacia el mes de diciembre, con la mayor cantidad posible de hombres y alimentos.

El cronista dedica dos capítulos de su obra para describir cómo eran y se comportaban en las parcialidades los indígenas del área al sur del Bío Bío, incluyendo las armas que ocupaban. Destaca la organización ordenada en escuadrones, que presentan una especial configuración: los delanteros traen capas, las que denomina “*tanañas*”, a manera de armadura, que cubre desde el pecho hasta la rodilla, la que tiene un agujero que posibilita el uso del brazo izquierdo. Las capas estaban hechas utilizando cueros de llamas y de lobos marinos y forradas interiormente con cueros de otros animales. Su superficie exterior era pintada de color negro, rojo y azul, indistintamente. Cubrían sus cabezas con una celada hecha del mismo cuero, la que alcanzaba hasta bajo de las orejas y protegían parte de la cara. Sobre la celada disponían cabezas de pumas, de zorros y de gatos monteses, con las fauces abiertas, según el gusto de cada guerrero. El armamento que portaban estos “delanteros” era una pica de madera de veinticinco palmos de largo (aproximadamente unos cinco metros), en la punta, adheridos a ella, trozos de cobre envolvían los primeros cincuenta centímetros, atados con nervios de animales. Entre estos delanteros iban guerreros sin capas ni celadas, sólo portando picas terminadas en un hacha de pedernal o la piedra propia de una macana (piedra de cuerpo esferoidal horadada). Estas astas, al ser lanzadas eran capaces de aturdir al jinete y si el golpe lo recibía el caballo, este se echaba hacia atrás, semiaturdido.

La segunda hilera de guerreros iba armada con lanzas de hasta quince o dieciséis palmos (poco más de tres metros), confeccionadas del mismo modo que las antes descritas. Todos llevaban garrotes (macanas) que arrojaban, lanzándolos con gran fuerza, de tal manera que si golpeaban una rodela

ésta quedaba destruida y si el golpe era recibido por un brazo o pierna quebraban sus huesos.

El escuadrón tenía una tercera hilera, constituida por indígenas armados con unas varas largas que en la punta llevaban un lazo armado para atrapar a los jinetes por el pescuezo, para botarlos al suelo y rematarlos. Más atrás, venían flecheros que vestían pellejos de zorros, los que les solían cubrir hasta las corvas (parte de la pierna opuesta a la rodilla).

A continuación el cronista entrega información acerca de esta población “*de gente muy belicosa*”, entre los ríos Itata y Toltén. En relación a su organización política dice “que cada *lebo*, que es una parcialidad, tienen un señor, y estos principales obedecen aquella cabeza. Tendrá un *lebo* de éstos MD y dos mil indios y otros más” (capítulo CV, p. 253). Continúa entregando información sobre algunas costumbres y alude a algunas especies de animales y aves.

Retomando el relato, Bibar se refiere a que Francisco de Villagra, apoyado por Diego Maldonado, cruza la cordillera desde Cuyo a Aconcagua el 15 de septiembre de 1551 y allí recibe carta del Gobernador Valdivia que lo requiere lo antes posible en Concepción. Al mes siguiente Valdivia partió hacia la ciudad de La Imperial, donde se detuvo ocho días y luego, con ochenta hombres, se dirige hacia el sur, a descubrir nuevas tierras, y en aquel verano fundaría dos nuevas ciudades. El grupo de españoles recorre la zona del lago Villarrica y estiman posible la creación de una villa que quedaría cercana a La Imperial. Luego se dirigen hacia la costa y, cuando estaban en el valle de Mariquina llega Francisco de Villagra acompañado de doce hombres. A este se le ordena regrese a La Imperial, para que envíe mensajeros a Santiago, porque Valdivia quiso continuar hacia el sur.

Unos meses después, “*Visto el Gobernador tan buena comarca y sitio para poblar una ciudad y ribera de tan buen río, y teniendo tan buen puerto, fundó una ciudad e intitulóla ciudad de Valdivia, e hizo alcaldes y regimiento*” (capítulo CVIII, p. 257). Esto ocurre el 9 de febrero de 1552. Días después, despacha al general Gerónimo de Alderete, con treinta hombres y que en el lugar estimado fundase la ciudad de Villarrica, nombre debido a que les habían informado que en el área existían minas de oro y plata. Estando Francisco de Villagra en La Imperial les llegó un refuerzo de cien hombres.

A continuación, el cronista se refiere a la estructura política empleada por los habitantes de la

provincia de “Mallalauquén” que puede corresponder al área del entorno del lago Villarrica, quizá hasta los alrededores de Valdivia. Destaca que la lengua que hablan es algo diferente al habla de más al norte, lo que puede corresponder a una variante dialectal del mapudungu. Luego agrega: “Estos indios de esta provincia tienen esta orden: que tienen un señor que es un lebo, siete u ocho cabis que son principales, y estos obedecen al señor principal. Ciertas veces del año se ajuntan en una parte que ellos tienen señalado para aquel efecto que se llama regua, que es tanto como decir “*parte donde se ayuntan.... este ayuntamiento es para averiguar pleitos y muerte, y allí se casan y beben largo*” (capítulo CIX, p. 260). Describe lo que ocurre en estas y, en relación con el tema de la guerra, el cronista menciona que si una parcialidad se encuentra en problemas, todos los cabes y señores son obligados a ir en defensa de dicho grupo. El que no concurra tiene pena de muerte y pérdida de toda su hacienda. Las juntas tenían una duración de entre quince y veinte días.

El relato continúa mencionando que Francisco de Villagra regresa del Perú, donde se encontraba el presidente Pedro de la Gasca, quien le había otorgado licencia para que contratase gente para que con ella se dirigiese al otro lado de la cordillera, como se lo había solicitado Valdivia. En la provincia de Tauma, habitada por indígenas Xuris, se encuentra con Juan Núñez de Prado, que en la vecina provincia de Tonusca funda la ciudad del Barco. Villagra le deja alguna gente a este último y se dirige a la Capitanía de Chile.

Luego de describir las características de las provincias recién mencionadas, además de la de Cuyo, dedica un capítulo a la descripción de los puertos entre Atacama y Valdivia. El cronista retoma el relato referente a las actividades del Gobernador que, estando en Valdivia, recibe los refuerzos traídos por Francisco de Villagra y sale de la ciudad con ochenta hombres el 7 de febrero de 1552, para descubrir y conquistar nuevas tierras. El recorrido realizado por este grupo abarca desde las cercanías de Valdivia, pasando por los actuales lagos Ranco y Llanquihue, alcanzando posiblemente hasta el Seno del Reloncaví, para retornar a la ciudad de Valdivia. Más tarde, regresa a la ciudad de La Imperial, donde el Gobernador repartió y encomendó caciques y principales a los vecinos, que sumaban ochenta, lo que realizó el 4 de marzo de 1552.

A cargo de la ciudad deja al Maestre de Campo Pedro de Villagra y, a mediados de marzo, Valdivia

retorna a Concepción, donde arriba el 5 de abril del mismo año, permaneciendo en ella durante cinco meses. En agosto regresa por mar a la ciudad de Santiago. Estando en Santiago, envía a Francisco de Aguirre a la ciudad del Barco, la cual había poblado Juan Núñez de Prado, y además le “*dió sus provisiones y para que, si se hallase con gente, poblase otra ciudad en los Diaguitas, y dióle a la villa de La Serena para que tuviese puerto para aquella tierra*” (capítulo CXIV, p. 272). Tras esto, envía a Gerónimo de Alderete “*a su majestad*” a España, con ochenta mil pesos²⁰. El Gobernador decide viajar por tierra a Concepción, ciudad a la que arriba en diciembre, cerca de la Navidad de 1552. Estando en Concepción, despacha a Francisco de Villagra con sesenta hombres hacia los lagos del sur y acuerda enviar dos navíos a descubrir el estrecho de Magallanes. Estos últimos navíos salieron de la ciudad de Concepción el 8 de septiembre de 1553, llegando a la ciudad de Valdivia en el mes de octubre y toman contacto con Pedro de Villagra, que estaba a cargo de la ciudad de La Imperial.

Debido a la dispersión de los españoles hacia el área de la recientemente poblada ciudad de Valdivia, durante los últimos meses de 1553 los indígenas comienzan a realizar ataques casi simultáneos a los fuertes cercanos a la ciudad de Concepción, es decir, a los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén, de lo cual se entera el Gobernador mediante carta que le enviara el capitán Diego Maldonado. Conocidos estos acontecimientos, Valdivia decide salir con treinta y seis hombres a socorrer los fuertes asediados, debido a que enteró que los siete españoles que habían logrado huir del destruido fuerte de Tucapel arribaron al fuerte de Purén “en aquella casa (fuerte) de Purén estaban diez y ocho españoles que de La Imperial habían venido con otros ocho, y que habían venido sobre la casa (fuerte) diez mil indios, que habían salido los españoles a ellos y los habían desbaratado” (capítulo CXV, p. 274). El Gobernador llegó al fuerte de Arauco, donde permaneció por dos días, dejando doce españoles, para continuar su viaje con cuarenta hombres hacia el fuerte de Tucapel. En el trayecto, llega al pueblo de Lebolebo, situado a tres leguas de dicho fuerte, donde los indígenas le advierten que había un numeroso contingente de guerreros en las cercanías. Días después, Valdivia envió una pequeña comitiva de cinco soldados al fuerte de Tucapel, cuatro de ellos fueron muertos, situación por la cual se comprobaba la información dada por los indígenas de Lebolebo.

Por carta había solicitado a Juan Gómez que, con la mayor gente posible, se dirigiese desde La Imperial al fuerte de Tucapel y llegase ahí el 24 de diciembre, porque él llegaría, desde Arauco, a juntarse con él el mismo día. Ambos grupos constituirían un conjunto de cincuenta y cinco soldados, que Valdivia estimaba sería suficiente para terminar con el levantamiento. Al acercarse al fuerte de Tucapel en la fecha acordada, Valdivia y sus hombres son atacados por un numeroso contingente de indígenas que ya habían destruido el lugar. El cronista menciona que las fuerzas estaban dirigidas por Lautaro, quien había servido al Gobernador, y éste aplica una técnica de ataque que consistía en que, cada una hora, cambiaban a los guerreros por otros indígenas que se mantenían descansados. Ante esta sucesión de ataques “*como los caballos estaban fatigados y los brazos de los españoles cansados, ya a hora de vísperas no se halló el Gobernador ni tenía consigo más de nueve españoles y éstos malheridos y los caballos maltratados y todos los demás españoles muertos*” (capítulo CXV, p. 276).

Al darse cuenta Pedro de Valdivia que el contingente que lo acompañaba estaba completamente diezmado, intenta regresar al fuerte de Arauco, pero es tomado prisionero y muerto por sus captores. El cronista consigna que la cabeza de Valdivia y de otros dos españoles fueron puestas sobre picas y lucidas en la puerta del fuerte de Tucapel, como una acción que ensalzaba la victoria alcanzada contra los españoles. El grupo constituido por catorce españoles, comandado por Juan Gómez, que debía haberse encontrado con Valdivia en Tucapel el 25 de diciembre, no alcanza a llegar, siendo atacados y también diezmados. Sólo logran salvarse y tratar de regresar al fuerte de Purén siete de ellos, como este también estaba en llamas, caminan hacia La Imperial.

Muerto el Gobernador Valdivia y cincuenta y un españoles, los indígenas organizan una gran junta, la que se desarrolla en Tucapel, con la finalidad de buscar a un jefe que los guíe, para continuar la lucha contra los españoles. Participaron activamente varios importantes jefes, representando comunidades muy numerosas, como “*Colocolo, que era señor de 6 mil indios, y Paylaguala, que era señor de 5 mil indios, y Paycaví, señor de 3 mil indios, Illacura señor de más de 3 mil indios y Tocapel, señor de más de 3 mil y 500, y Teopolican (Caupolicán), señor de cuatro mil indios, Ayllacura, señor de más de 5 mil indios*” (capítulo CXVII, p. 280). Ante tal

cantidad de candidatos a ocupar la jefatura, el jefe Myllarapue propone que realicen una competencia entre ellos, la que consistió en levantar y mantener sobre sus hombros un pesado madero. El jefe que lograra mantenerlo por mayor tiempo, ganaría el derecho de dirigir a todos los guerreros. El que logra mantener por mayor tiempo el tronco sobre sus hombros fue Teopolicán (Caupolicán), sustentándolo durante dos días y una noche. Este jefe indígena nombra como su capitán a Lautaro, entregándole el mando sobre tres mil indios.

Mientras tanto, los españoles que lograron escapar hacia la ciudad de La Imperial comunican la noticia y Francisco de Villagra, que se encontraba en el área interior cercana a la ciudad de Valdivia, regresa a ella y, luego, se dirige a La Imperial, donde los vecinos le nombran capitán general y justicia mayor. Los vecinos de la ciudad de Villarrica la abandonan y se refugian en La Imperial. Avisado Francisco de Villagra que Concepción había sido destruida por los indígenas, fortalece La Imperial, deja como teniente a Pedro de Villagra y, con cincuenta de a caballo, se dirige a la ciudad de Concepción, llegando el 26 de enero del año de 1554. Allí lo reciben los miembros del cabildo, al igual que en las otras ciudades. Luego, envía a Santiago a Diego Maldonado y a Juan Gómez con cartas para el cabildo local, para que sus miembros le otorgaran los mismos nombramientos que las ciudades del sur, lo que no ocurrió, ya que en Santiago habían recibido por general y teniente de gobernador a Rodrigo de Quiroga, pues pensaron que todos los españoles avecindados en el sur estaban muertos.

En conocimiento de esta situación, Francisco de Villagra se dedica a tratar de pacificar la zona sur. En primer lugar, envía dos barcos, uno a Valdivia y otro hacia Santiago, con despachos de vecinos de las ciudades de Valdivia y Concepción y sale de esta última el 23 de febrero de 1554, con el objeto de iniciar la pacificación “*con ciento y sesenta soldados muy bien aderezados, y seis piezas de artillería y treinta arcabuses, dejando en la ciudad ochenta hombres y por su teniente a Graviel de Villagra*” (capítulo CXIX, p. 283). No pasó mucho tiempo hasta el momento en que debieron enfrentarse con un gran contingente indígena que, como conocedores de su tierra, los obligaron a luchar en medio de un terreno inclinado y lleno de vegetación, buscando con ello neutralizar la capacidad del caballo. Además, emplearon la táctica de atacar a los españoles desde distintos flancos y por grupos,

que se renovaban constantemente. En este encuentro el capitán Francisco de Villagra estuvo a punto de perder la vida, salvándose gracias a que el soldado Hernando de Medina le entrega su caballo, a costa de su propia vida. Cabe destacar que los indígenas acentuaron las dificultades que debían enfrentar los españoles construyendo albarradas con troncos de árboles, con lo cual dificultaban la lucha²¹.

Al continuar el combate, los indígenas lograron desbaratar la artillería española, arremetiendo con gran ímpetu. Este último gran ataque determinó la suerte del enfrentamiento, haciendo que, en la tarde de ese día, tras seis horas de lucha, Francisco de Villagra decidiese retirarse para salvar a los sobrevivientes. En la huida sucede lo siguiente: “*Viendo los indios que los españoles huían, cobraron tan grande ánimo y, como era el paso tan malo y los caballos llevaban cansados y grandes quebradas y cada uno huía por donde quería, se despeñaban e iban a dar a mano de sus enemigos donde eran hechos pedazos*” (capítulo CXIX, p. 284). Finalmente, los españoles que pudieron llegar a orillas del río Bío-Bío fueron setenta, quedando en el campo de batalla más de noventa. El cronista agrega que, junto a ellos, habían perecido “más de tres mil piezas de servicio” (capítulo CXIX, p. 285), es decir, más de tres mil indios amigos.

Las maltrechas fuerzas españolas arriban a Concepción, que estaba poblada solo por mujeres y ancianos. Los primeros días de marzo, Francisco de Villagra abandona la ciudad acompañado de toda su gente, marchando hacia Santiago. A la sazón, solamente quedaban en La Araucanía dos ciudades, en precaria situación: La Imperial y Valdivia. Incluso, antes de salir, Villagra trata de socorrer con refuerzos a ambas ciudades, pero no cuenta con suficientes efectivos, pues sólo cuenta con el aporte de seis voluntarios, por lo cual abandona la idea. Finalmente, acompañado de ciento cincuenta hombres y más de cincuenta mujeres, que buscan refugio, se dirige a la ciudad de Santiago.

En medio del relato de lo acontecido durante los primeros meses de 1554, el cronista dedica un capítulo para explicar los resultados de una expedición náutica ordenada por Pedro de Valdivia a mediados de 1552, la cual estaba destinada a recorrer las costas y, en lo posible, el estrecho de Magallanes. A juzgar por el relato, los logros de dicha expedición resultaron positivos, debido, entre otros factores, a que dieron con la boca poniente del estrecho de Magallanes y recorrieron toda la boca, algunos

expedicionarios ingresaron caminando por la orilla cinco leguas. Luego de esto, la expedición decide retornar, lo que hace el 18 de diciembre de 1553.

Cerrado este paréntesis, continúa el relato con los problemas que Francisco de Villagra debe enfrentar a su llegada a la ciudad de Santiago, lo que, en síntesis, se debía al vacío de poder generado por la muerte de Valdivia. De hecho, además de Villagra, otros dos capitanes ambicionan el cargo de gobernador: Rodrigo de Quiroga y Francisco de Aguirre. Luego de largas disputas Francisco de Villagra fue recibido en Santiago como Justicia Mayor y Capitán General (5 del octubre de 1554), para así poder dirigir la compleja operación destinada a recuperar los territorios perdidos ante los ataques de los indígenas en el sur de la gobernación.

Entretanto en la ciudad de La Imperial, Pedro de Villagra estaba preparado para enfrentar un ataque indígena: los grupos de la costa avanzaron hacia el interior, para sumarse al ataque indígena contra la ciudad. En las cercanías realizan una junta con los grupos del llano central, para coordinar el ataque, sin embargo, debido a que para estos últimos los augurios de éxito no les fueron favorables, posponen el ataque. Tal situación es aprovechada por Pedro de Villagra, quien decide atacar un fuerte instalado a doce leguas de la ciudad, hacia el oriente. El ataque se lleva a cabo en el mes de junio de 1554, con sesenta soldados, quienes logran vencer la resistencia de los indígenas desbaratando dicho fuerte.

Al mes siguiente, Pedro de Villagra decide atacar otro fuerte, y junta de indígenas, ubicado cerca de la desembocadura del río Cautín. Se producen varias escaramuzas, tanto en tierra, como a orillas del río y en un lago cercano (tal vez el cronista se refiere al área de Trovolhue, donde el río Imperial –Cautín– se ensancha, a poca distancia de su desembocadura). El enfrentamiento se decide a favor de las fuerzas españolas, muriendo una numerosa cantidad de indígenas. Informado acerca de la construcción de otro fuerte indígena, Villagra decide atacarlo hacia fines de agosto del mismo año, encabezando un grupo de cincuenta españoles, logrando desbaratar la resistencia indígena, y así salvar la ciudad de La Imperial.

Ante esta situación de permanentes luchas, Francisco de Villagra decide salir de Santiago hacia la ciudad de La Imperial, para reforzarla, el 1º de noviembre de 1554. Frente a la llegada de estos refuerzos, los indígenas cambian de táctica.

Evitan el ataque frontal, y se dedican a destruir y quemar todas las sementeras cercanas a la ciudad, aprovechando que ya era época de cosecha para el trigo plantado por los españoles, con la finalidad de vencerlos por hambre, para que así se fueran del territorio. Lamentablemente, la política de arrasarlo los terrenos agrícolas también provocó hambruna en la población nativa.

Francisco de Villagra regresa posteriormente a Santiago, embarcándose en una de las dos naves que arriban a Valparaíso el 17 de abril de 1555, con el recurrente objetivo de buscar refuerzos para las ciudades del sur. A continuación el cronista menciona que, en ausencia de Francisco de Villagra, la ciudad de Santiago había sido objeto de acoso por parte de los indígenas de la zona central hasta el valle del Aconcagua. Estos se rebelaron dañando las haciendas cercanas, comiendo el ganado y destruyendo las cosechas. Para terminar con la tensa situación, el cabildo de Santiago envía a Juan Jofré con un grupo de nueve soldados a Gualemo, un lugar situado a doce leguas de la ciudad. Por fortuna, logran desbaratar a una junta de indios que se preparaba a realizar nuevos ataques, hecho que aplacó el alzamiento.

En el sur los ataques continúan, de manera reiterada, el más grave de ellos ocurre el 4 de noviembre de 1556, en Concepción. En dicho ataque mueren 17 españoles, quedando nuevamente desierta la ciudad. A duras penas, se mantenía una pequeña dotación de españoles en La Imperial y Valdivia. Desde Santiago, una vez más, Francisco de Villagra, acompañado de treinta soldados se dirige por vía marítima a socorrer las ciudades mencionadas. En este mismo año se resuelve que el reemplazante de Valdivia sería, con el cargo de Corregidor y Justicia Mayor de la gobernación, Francisco de Villagra (11 de mayo de 1556), mientras llegase el nuevo gobernador nombrado por el rey, Gerónimo de Alderete, que se encontraba en España.

Los reveses sufridos por los españoles en el sur alentaron a los de la zona central a invitar a los de Arauco, prometiéndoles comida y vituallas, a que los ayudasen a expulsar a los españoles de la ciudad de Santiago. Acogida la invitación, el toqui Lautaro acompañado de tres mil guerreros se adentra en la zona central, acampando en Teno, “veinte leguas de la ciudad de Santiago. Llegando a este asiento, este capitán indio hizo un fuerte con el favor que le dieron los promocaes, y metió la comida que pudo y su gente dentro” (capítulo CXXVIII, p. 308).

Ante la amenaza cierta de una alta posibilidad de que la ciudad de Santiago fuese atacada, Francisco de Villagra decide enviar a Pedro de Villagra con cuarenta hombres a atacar el fuerte en el cual los indígenas se habían instalado para preparar el ataque. Acuden dos veces a realizarlo, sin embargo, la defensa indígena resiste y repele a los españoles, pero pierden un numeroso contingente de guerreros. Ante la información acerca de que venía un nuevo grupo de cuarenta españoles, Lautaro decidió abandonar el fuerte y retirarse hasta las riberas del río Maule, instalándose en una montaña. En este lugar, el caudillo indígena recibe trescientos indígenas de socorro. Lautaro envía a cien guerreros a un bosque cercano a hacer armas. Estos son sorprendidos por los españoles, pereciendo la mayoría. Uno solo logra escapar y avisa a su jefe, quien decide retirarse hasta el Bío Bío, lo cual permite al contingente español retornar a Santiago.

En el intertanto, la ciudad de Santiago recibe noticias de la muerte del gobernador Gerónimo de Alderete y de la nominación de Don García Hurtado de Mendoza como el nuevo gobernador de Chile²². En abril de 1557 comienzan los preparativos para recibir al nuevo personero, quien arriba primeramente al puerto de La Serena, haciéndose cargo de su gobernación el 24 de ese mismo mes.

Lautaro decide, nuevamente, avanzar hacia el norte acompañado de setecientos guerreros. Se apodera de las minas que los españoles tenían en los alrededores del río Maule y se instala en un fuerte situado en Mataquito, donde se le agregan quinientos indios. Francisco de Villagra y Juan de Godínez reúnen sus fuerzas y deciden atacar por sorpresa el campamento indígena el domingo 8 de mayo de 1557. Lautaro es abatido junto a un numeroso contingente de indígenas. En relación con este hecho, el cronista consigna lo siguiente: “Reconociendo el asiento en que estaban, dio en ellos sin ser sentidos ni vistos de las centinelas de los indios. Sentidos por los indios, luego se apellidaron y se pusieron en defensa. Visto por el general la orden y el sitio en que estaban, mandó apaar treinta hombres arcabuceros y rodeleros, y él con los cuarenta de a caballo rompieron por los indios y los hizo huir y dejar el sitio. Aquí murió el Lautaro y otro capitán y más de doscientos cincuenta indios ... esta batalla se dio domingo, ocho de mayo de 1557 años. Hecho esto, se volvió el general (Francisco de Villagra), a la ciudad de Santiago” (capítulo CXXIX, p. 311).

El 24 de abril de 1557, el nuevo gobernador García Hurtado de Mendoza arriba a la ciudad de La Serena, para llegar finalmente a Santiago el día 5 de mayo. Lo primero que hace fue determinar la pronta aprehensión de los capitanes Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra para enviarlos de vuelta al Perú, con el fin de que compareciesen ante el Virrey. Luego de esto se dispone a organizar la campaña para ir en ayuda de las ciudades del sur, enviando por tierra y por vía marítima un fuerte contingente hacia la ciudad de Concepción, lo que ocurrió durante el mes de agosto del mismo año. Desde este mismo momento, y hasta el mes de septiembre sufren reiterados ataques de un numeroso contingente indígena. Estando en Concepción, el nuevo gobernador organiza una expedición de dos navíos, capitaneados por Juan Ladrillero. Con destino al estrecho de Magallanes. Dicha expedición zarpa a mediados de 1557. Esta información que entrega Bibar es de gran importancia, debido a que Ladrillero consiguió reconocer todo el estrecho, hasta la boca atlántica.

Frente a la cercana incursión de las fuerzas de García Hurtado de Mendoza, luego de varias juntas, los indígenas se organizaron de la siguiente manera: *“que los de la comarca de La Concepción se ayuntase e hiciesen un fuerte en un pueblo que se dice Andalicán, que es cinco leguas de la ciudad de La Concepción como he dicho y camino por donde los españoles habían de ir, y que la provincia de Arauco y de su comarca se ayuntasen en la tierra de Millarapue, que es tres leguas de Arauco en el mismo camino, y de Tocapel y su comarca, y que en todas estas juntas hiciesen fuertes y que, si los españoles desbaratasen la primera, se rehiciesen en la segunda, y si por ventura los desbaratasen en la segunda, se ajuntasen en la tercera, y de allí harían la guerra todos juntos”* (capítulo CXXXII, p. 317).

El 29 de octubre de 1557, el gobernador llegó al río Bío-Bío, iniciando la campaña para socorrer las ciudades y fundar otras. Llegaba con quinientos treinta hombres muy bien armados, entre los cuales iban doscientos arcabuceros y cinco piezas de artillería. El primer encuentro se produce a mediados de noviembre, en una ciénaga cercana a la ciudad de Concepción. Resultado de este encuentro es la retirada de los indígenas hacia más al sur, dejando en manos de los españoles una gran cantidad de prisioneros, a los cuales, en castigo, les fueron cortadas las manos y la nariz. Todo hacía preveer que esta campaña sería a sangre y fuego. El gobernador

permanece diecisiete días en la región de Arauco, apoyado por el capitán Rodrigo de Quiroga, y luego se dirige hacia Tucapel.

La expedición llega a Millarapue el 27 de noviembre, enfrentándose de inmediato a un numeroso contingente indígena, bajo el mando de Teopolicán (Caupolicán). Los españoles dividen sus fuerzas en dos grupos, uno al mando del propio gobernador y el otro a cargo de Rodrigo de Quiroga, logrando vencer a los indígenas. En este combate se tomó a más de quinientos prisioneros de los quince mil que habrían participado en la batalla, según el cronista. Luego del enfrentamiento, el gobernador se dirige a la provincia de Lebolebo, para llegar a Tucapel al día siguiente. Corría el mes de diciembre de 1557.

El nuevo gobernador, García Hurtado de Mendoza, funda la ciudad de Cañete (1558) y después de haber estado abandonada durante tres años, refunda Concepción. En medio de este proceso, entre la ciudad de La Imperial y la de Cañete, cercano al fuerte de Purén, se produce un nuevo encuentro con una fuerza indígena considerable, la que arrebató ganado que traían los españoles hacia Cañete, pero este es recuperado, a pesar de la pérdida de hombres que ello le significa, ya que *“Salieron heridos de esta batalla cuarenta españoles de flechas y botes de lanzas”* (capítulo CXXXIV, p. 323), tras lo cual arriban finalmente a Cañete.

El cronista dedica un capítulo completo para explicar una estratagema empleada por un yanacona amigo de los españoles para hacer caer en una trampa a Caupolicán y a sus guerreros, la cual consistió en atraerlos hacia la ciudad de Cañete, haciéndoles creer que encontrarían a los españoles descuidados y durmiendo. Caupolicán se confía, realiza el ataque, pero es repelido, perdiendo una gran cantidad de guerreros. Esta burla mueve a Caupolicán a construir un fuerte a tres leguas de Cañete, para juntar muchos guerreros y lanzarse sobre la ciudad, sin embargo, los españoles se adelantan y atacan el fuerte de amanecida, apresando a Caupolicán, a quien empalan más adelante.

Los primeros meses de 1558, el gobernador se dedica a recorrer la zona desde La Imperial al sur, visita Villarrica y Valdivia y luego va al lago de Valdivia, como lo nombra el cronista, y alcanza el seno del Reloncaví. De regreso funda la ciudad de Osorno, el 27 de marzo de ese año, y viaja a Santiago, llegando el 18 de abril, con el objetivo de realizar la fiesta en honor al nuevo rey, Felipe segundo.

Terminadas las fiestas, regresa nuevamente al sur, llega a La Imperial y desde allí a Cañete, debido a que había gran cantidad de indios de guerra que habían construido un fuerte en Millarapue. Dentro de este fuerte, los indígenas disponían de dos piezas de artillería y unos siete u ocho arcabuces, armas que utilizaron en la defensa de este fuerte, el que estaba ubicado estratégicamente, rodeado de lugares de difícil acceso. Luego de un gran esfuerzo, los españoles pudieron tomarlo, el 13 de diciembre de 1558. El gobernador regresa al fuerte de Arauco. Los indígenas realizan un ataque al fuerte, con estos acontecimientos el cronista pone término al relato de su crónica, en el capítulo CXLII.

Conclusiones

Luego de haber analizado los ciento cuarenta y dos capítulos de la crónica de Gerónimo de Bibar, podemos llegar a algunas conclusiones acerca del tema que centra nuestro interés, es decir, sobre la resistencia opuesta por las comunidades indígenas a la expedición encabezada por Pedro de Valdivia en el tramo comprendido entre “*el despoblado de Atacama*” y el segmento sur del valle central, hasta las cercanías del Seno del Reloncaví. Entre las etnias más numerosas que poblaban la mencionada área se hallaban grupos aymaras, atacameños, diaguitas y mapuches, tanto del norte (picunches), como del sur (huilliches). Cada uno de estos grupos contaba con una lengua o un dialecto que les eran propios, lo que suponía un primer grado de dificultad para la comunicación por parte de los españoles, sin embargo, gracias a que disponían de un contingente de yanaconas e indios amigos pudieron resolver exitosamente esta primera dificultad.

Sin duda, el dominio de las áreas norte y central a partir de la expansión de los incas hacia el sur (cerca de 1475, bajo el gobierno de Tupac Yupanqui) facilitó notablemente la comunicación, porque en todo el territorio había personas que hablaban la lengua quechua. En cambio, en el área ubicada desde el río Maule al sur no existió tal influencia, lo que provocó mayores problemas a los españoles. También, años antes, el paso de la expedición de Diego de Almagro sembró las áreas norte y central de dificultades, pues no dejó buenos recuerdos entre los nativos, debido a los inusuales malos tratos a los que estos fueron sometidos por el adelantado y su gente.

Además, podemos agregar que varios factores incidieron en aumentar la natural animadversión de los indígenas y las dificultades que debieron sortear los seguidores de Valdivia: una primera la interpuso la naturaleza del desierto, muchos de los lugares en donde se podía encontrar agua para satisfacer las necesidades de hombres y caballos tenía un alto contenido salino, lo que hacía imposible utilizarla. Otros pozos se recargaban con mucha lentitud, de modo que sólo lograba disponer de agua un pequeño grupo, retardando la marcha del conjunto. La situación se hizo más compleja debido a que los españoles no conocían el terreno, en cambio los indígenas, sus habitantes, estaban en conocimiento de caminos y senderos que facilitaban la comunicación entre las distintas comunidades. Por esas sendas y caminos circulaba un sistema de correos que lograba un modo de comunicación rápido y seguro. Los indígenas generaron una red de información, la que fue perfeccionada por los incas, y se mantuvo hasta después de la llegada de los expedicionarios europeos.

En relación con la resistencia presentada por los habitantes locales al paso del español por las áreas mencionadas, debemos diferenciar aquella opuesta en el “*despoblado de Atacama*” con la ejercida desde el valle de Copiapó hasta los valles del Choapa y del Aconcagua. De igual manera, debemos hacer notar las variables que presenta la resistencia desde el río Maule al sur. ¿En qué consistieron las tácticas de resistencia en una y en otra área? El sector desértico dificultó una buena defensa por parte de los indígenas, porque las armas españolas y el caballo daban ventajas insalvables. Esto obligó a extremar los recursos y el ingenio para generar una defensa que lograra un cierto grado de efectividad. La primera medida tomada por los indígenas fue ocultar los alimentos y quemar el sobrante, para provocar una total falta de recursos a los expedicionarios. La segunda consistió en realizar series de ataques, con la finalidad de debilitar a los expedicionarios, que marchaban hacia Copiapó. La resistencia opuesta por los habitantes de los valles de Copiapó y Huasco, hasta el valle del Mapocho, fue haciéndose cada vez más fuerte y enconada, en la medida en que se avanzaba hacia el sur. A pesar de ello, los españoles pudieron seguir avanzando, aprovechándose de las disputas étnicas, que se generaban entre las comunidades de los distintos valles.

Los modos de resistencia de los últimos valles fueron similares a los primeros, en cuanto a los alimentos, no así el agua, que encontraron en abundancia. Pero las comunidades habían dispuesto una mayor cantidad de sitios defensivos, lo que obligó a los españoles a realizar salidas especiales para contrarrestar esas defensas. Es en esta área en donde por vez primera vieron morir a una guarnición casi completa, con pérdida de valiosos bienes materiales. Sin duda, esto no fue lo más importante: el ataque a la ciudad de Santiago, en el valle del Mapocho, realizado por todos los grupos indígenas del área, actuando concertadamente, constituye una clara muestra del mayor grado de la resistencia contra el español. A todo lo anterior, se le suma la negativa a trabajar, y a no prestarles ayuda en la búsqueda de alimentos y de minerales, con la intención de debilitarlos y de que no contasen con recursos, de manera que no dispusiesen de medios para traer más soldados.

Antes de dividir las conclusiones en las tres áreas analizadas, quisiéramos detenernos en las estrategias indígenas para atacar Santiago: en primer lugar el contingente indígena se movilizó sólo de noche, para evitar sospechas y poder contar con el efecto sorpresa. En segundo término, en su avance, los indígenas fueron eliminando a todos los yanaconas e indios amigos de los españoles, para evitar la delación. En tercer término, el contingente indígena se subdividió en cuatro grupos, para atacar la ciudad por los cuatro costados. Por último, agregaron al elemento sorpresa la utilización del fuego en el ataque, porque sabían muy bien los materiales que configuraban los muros y techos de las casas de la ciudad, ya que habían colaborado en su construcción.

Ahora bien, ¿por qué motivos este ataque tan bien planificado y ejecutado no culmina con la destrucción de la ciudad y la expulsión de los peninsulares? La razón del abandono de la lucha por parte de los virtuales vencedores es explicada por Bibar por la ocurrencia de un hecho milagroso. Este fue la presencia de un inesperado colaborador de los conquistadores: nada menos que el Apóstol Santiago, quien, montando su caballo blanco, se presenta en el campo de batalla, infundiendo valor a los defensores y aterrizando a los combatientes indígenas, que optaban por la huida, ya que no tenían forma de contrarrestar la presencia del apóstol.

Cuando años más tarde los mapuches del sur del Bío Bío atacan la ciudad de Concepción, tratando

de expulsar a los españoles de su territorio, nuevamente estos últimos reciben la inesperada ayuda de la Virgen María y del Apóstol Santiago, que obstaculizan el ataque mapuche. Con estos textos el cronista, sin ser explícito en su fundamento, justifica la conquista española que se ve posibilitada por la ayuda sobrenatural. La mano divina apoya a las tropas españolas.

Dadas las diferencias que se observan en el proceder de los indígenas, según las características del medio geográfico, ordenamos las conclusiones según tres áreas:

Zona Norte: Tras haber desarrollado una pequeña síntesis acerca de la vida de Pedro de Valdivia, para situarlo en su empresa de conquistar un nuevo territorio para España, desde el Perú, con el apoyo de Francisco Pizarro, Gerónimo de Bibar destaca que la primera gran dificultad que debe enfrentar la expedición es la que le opone el medio ambiente: debían atravesar una zona desértica, con muy poca agua y casi carente de vegetación, conocida en la época como Valle de Tarapacá y Valle de Atacama. Esto los obliga a desplazarse formando pequeños grupos, para evitar que los pocos pozos de agua se secan totalmente, debido a su lenta capacidad de recuperación. Una segunda dificultad se asoma de inmediato: los indígenas habían sido alertados del viaje que realizarían los españoles y, como una primera forma de resistencia, ocultan sus alimentos enterrándolos en los arenales y queman los frutos recolectados de los Algarrobos y chañares. Paralelamente, trasladan a sus familias a las zonas altas, para ocultarlas, y así quedar en libertad de movimientos para atacar a los expedicionarios.

El primer ataque realizado por los indígenas se produce antes de llegar al valle del río Loa, y aunque no matan a ningún español, estos quedan con varios de sus caballos heridos. Como les habían escondido los alimentos, para conseguirlos Valdivia organizó pequeños grupos de yanaconas con el fin de que recorrieran el área en su búsqueda. Estos grupos fueron sistemáticamente hostigados por los nativos, obligando a los españoles a cambiar de estrategia, tomando la determinación de atacarlos en sus fuertes (pucaraes). Bibar cita como ejemplo el ataque al pucará de Quito, realizado por Francisco de Aguirre, quien logra apoderarse de él y elimina un numeroso contingente indígena.

La finalidad de los indígenas era conseguir el debilitamiento de los expedicionarios para que, al enfrentar el cruce del despoblado de Atacama,

llegasen a Copiapó en muy malas condiciones físicas, mermando su capacidad de lucha. La política desarrollada por los indígenas nos permite deducir que la comunicación existente entre los distintos grupos de la zona norte era muy fluida y compartían un mismo objetivo, que no era otro que obligar a los expedicionarios a retornar al Perú.

Luego de cuarenta días, a fines de octubre de 1540, Valdivia y su gente logran llegar al valle de Copiapó, hallándolo prácticamente sin población indígena, ya que sus habitantes se encontraban escondidos en sus pucaraes. El cronista menciona que este temor de los indígenas fue originado por los malos tratos recibidos de manos de Almagro y su hueste. Para hacer más efectiva su resistencia a la presencia de los españoles en el valle, los indígenas introdujeron espías entre los grupos de yanaconas traídos por los conquistadores, para estar en conocimiento de sus futuras acciones y así estar preparados para impedir o contrarrestar nuevos ataques. Del texto de Bibar destacamos que tanto los yanaconas como los indígenas del lugar se entendían en la lengua quechua.²³ A pesar de esto, la superioridad en medios y en nuevas armas hace posible comprender el que los españoles terminen con la resistencia y capturen sus pucaraes. Dos factores importantes permiten entender la derrota de los indígenas, el primero se debe a que era una población poco numerosa, el otro factor lo constituye el medio geográfico, el cual no les facilitaba buscar escondrijos o lugares de abrigo que les diesen mejores posibilidades de defensa y reorganización.

Desde Copiapó, la expedición continúa su viaje hasta el valle del Huasco y, para menguar la resistencia, Valdivia separa a sus fuerzas en dos grupos, penetrando por ambos lados del valle, lo que facilita su ocupación. El método que utilizan los indígenas de este valle es ocupar las cumbres de los cerros para hacer rodar piedras redondeadas cerro abajo, para generar pequeños aludes que dañasen caballos y hombres, al caer de improviso. El cronista nuevamente menciona que tan enconada resistencia estaba fundada en el odio hacia los españoles generado por la expedición de Diego de Almagro, quien había quemado al cacique principal del valle, llamado Marcandey, habiendo además asolado la zona. Por esto repiten la estrategia de los indígenas de Atacama y Copiapó, que consistió en esconder los alimentos, para que los españoles permanezcan el menor tiempo posible en el valle.

Cuando los expedicionarios arriban a los valles de Coquimbo y de Limarí, los españoles encuentran las mismas formas de oposición y rechazo ya explicadas. La falta de alimentos obligó a los extranjeros a comerse a los perros que habían dejado los indígenas al abandonar sus campamentos.

Al acceder al valle del Choapa, los indígenas locales aplican el mismo sistema de resistencia a la presencia de extraños al territorio ya explicadas. En este valle, podemos decir, ponemos término a la descripción de la resistencia en la primera de las tres zonas en que hemos dividido nuestro estudio.

Zona Central: Desde el valle del Choapa, Valdivia envía mensajeros, distribuidos en pequeños grupos, para que recorran el valle de Aconcagua y comuniquen a los indígenas que llegaban en son de paz, tratando de evitar una resistencia como la que habían recibido en los valles del norte, en su largo trayecto desde el Perú. La realidad con que se encuentran en este valle es diferente, ya que perciben una clara pugna entre los jefes indígenas, lo cual facilita el que los españoles puedan recorrerlo, en un principio, sin gran oposición.

Desde Aconcagua, buscando aparentar que el contingente español era mayor, Valdivia divide sus fuerzas en cuatro grupos, logrando penetrar al valle del Mapocho sin gran oposición. La situación de la población indígena en este valle era semejante a la del anterior: los jefes Atepudo y Quilicanta se enfrentan a los jefes Tanjalonco y Michimalonco, del valle de Aconcagua. Una vez más, Valdivia se aprovecha de la confrontación para imponer paz y obediencia en el valle, en su propio beneficio.

Los españoles captaron la existencia de luchas internas entre los indígenas gracias a que venían acompañados por indígenas del Cuzco, los que pudieron dialogar con los habitantes de estas regiones, ya que estos conocían la lengua quechua, difundida con la expansión incaica hacia el sur, durante el último tercio del siglo XV. A este hecho, debemos sumar la entrega de alimentos realizada por los nativos, en pro de lograr que los recién llegados fuesen sus aliados, en razón de la disputa que mantenían con los del valle de Aconcagua. Ambas situaciones facilitaron el control inicial del valle del Mapocho.

Valdivia toma partido por Quilicanta y por los otros jefes indígenas del valle del Mapocho, por lo que decide enfrentar a Michimalonco en sus dominios, atacando un recinto fortificado que constituía su refugio. Tras la incursión lo hace

prisionero, logrando que le informe acerca de la mina de oro del estero de Marga-Marga, la cual resultará de gran utilidad para financiar parte de la Conquista. La presencia española en ambos valles genera reacciones desfavorables en contra de ellos, obligando al gobernador a cambiar de estrategia. Esta vez retiene a Quilicanta y a otros seis jefes en Santiago, para evitar nuevos ataques indígenas. Con esto, el fantasma del hambre ronda nuevamente a los españoles, ya que los indígenas vuelven a esconder los alimentos, dificultando también el trabajo de los yanaconas en las sementeras españolas.

Como las citadas medidas no lograron el objetivo de ahuyentar a los conquistadores, Michimalonco y los demás jefes optaron por atacar la ciudad de Santiago, para lo cual se concertaron, acordando llevarlo a cabo en un momento en que las fuerzas españolas estuviesen divididas realizando actividades diferentes. Hallándose Valdivia con un grupo de soldados en el intento de dominar el área cercana al río Cachapoal, al sur de la ciudad, los indígenas la atacaron en la madrugada del 11 de septiembre de 1541.

Gracias al trabajo del cronista se puede apreciar que el ataque a Santiago fue muy bien planificado, observándose varios pasos en su desarrollo: En primer lugar, el acercamiento a su objetivo fue realizado durante la noche, y sigilosamente. Además, yanacona que era sorprendido era eliminado para evitar que diese aviso a los vecinos. En segundo lugar, la ciudad es atacada simultáneamente por los cuatro costados. Este ataque consistió en hacer arder techos y muros, lanzando ollas con carbón encendido, hecho que, en principio, supuestamente, haría huir en desbandada a los vecinos. Y, por último, los contingentes indígenas iban siendo renovados constantemente, para mantener siempre frescos a los atacantes.

Sin embargo, la ciudad se salvó debido a la firme oposición dirigida por Alonso de Monroy, al arrojo de Inés de Suárez, y a la aparición del apóstol Santiago, según consigna el cronista. Quien aparece cabalgando sobre un caballo blanco, vestido de plata, con una espada en la mano y acometiendo a los indígenas, hecho que provocó la suspensión del ataque y la inmediata retirada de los naturales.

Considerando el grado de organización y planificación que se apreciaba en los indígenas, Valdivia modifica la estrategia aplicada anteriormente y mantiene grupos de soldados, realizando rondas periódicas por todo el valle. Su objetivo se proponía desbaratar los pucaraes, hacer retroceder

a los diversos grupos indígenas y ampliar así el área de dominio, para así contar con mayores campos destinados a cultivos. En segundo lugar, se ocupa de destruir un gran fuerte situado a orillas del río Cachapoal, para evitar que desde allí se fragüen nuevas sublevaciones.

Asegurado el entorno de la ciudad, Valdivia se dirige al valle del Aconcagua, que distaba mucho de estar en paz, ataca varios fuertes, aplica tormento a Tanjalonco, cortando sus piernas, y se ve obligado a buscar en los lugares más inaccesibles del valle los alimentos producidos por los indígenas, acentuando con esto el fantasma del hambre. El cronista deja en claro que el período de 1541 a 1545 se caracterizó por una constante resistencia a la presencia española en esta área.

En 1546 Valdivia inicia sus incursiones hacia el sur del río Itata, comenzando a enfrentarse a grupos indígenas mucho más numerosos, que le infieren las primeras bajas significativas. Por esta razón, estando a orillas del río Bío-Bío, decide retornar a Santiago, con la finalidad de enviar al Perú pequeños grupos de soldados, para conseguir refuerzos. Así, queda claro que los españoles de Santiago eran muy pocos, como para atreverse a incursionar hacia el sur del río Bío-Bío. Sin duda, el haber observado que los indígenas de esta nueva área, además de ser muy numerosos, eran muy belicosos, atacando organizadamente.

A fines de 1547, Valdivia se ve obligado a viajar al Perú, para luchar a favor de la Corona con el propósito de terminar con las luchas internas que asfixiaban al Virreinato. El cronista informa que Valdivia regresa a su gobernación al año de 1549, acompañado de una numerosa dotación, superior a doscientos soldados. La presencia de nuevos contingentes genera alzamientos indígenas, desde el valle de Copiapó al sur, la ciudad de La Serena es destruida y los españoles pierden más de sesenta hombres. Esta será reconstruida en 1549, evitando dejar una extensa zona despoblada y sin vigilancia española. La conquista de la zona situada al sur del río Bío-Bío todavía deberá esperar al año 1550.

Zona sur: La primera incursión hacia esta zona es realizada por Valdivia en enero de 1550, llegando a la ribera del río Bío-Bío, produciéndose de inmediato un primer enfrentamiento, en el cual, según el cronista, utilizan por primera vez el arcabuz, que causa temor a los indígenas, al igual que el caballo, que para esta área era desconocido. Ambas situaciones nuevas contribuyen al triunfo

español, el cual no fue definitivo, ya que se produce un nuevo enfrentamiento en la confluencia de los ríos Andalién y Bío-Bío.

La batalla que se lleva a cabo en Andalién demuestra que los indígenas de esta área habían logrado un alto nivel de organización militar: se presentan a la lucha agrupados en escuadrones, de acuerdo a la ubicación de las parcialidades a las que pertenecen, siguiendo una planificación, un orden de batalla que involucra a muchos guerreros. Los escuadrones eran diestros en el empleo de armas diferenciadas: unos portaban lanzas, otros utilizaban arcos y flechas, otros atacaban con macanas (mazas). En las primeras filas de guerreros había indígenas que portaban una vara (colihue) rematada en una lazada, con la finalidad de atrapar por la cabeza a los jinetes o a sus caballos. Además, existían grupos de indígenas cuya misión consistía en arrojar lanzas y piedras a las primeras filas de los enemigos, para debilitarlos, antes de iniciar una lucha cuerpo a cuerpo. El cronista dedica un capítulo completo de la obra a explicar las armas indígenas y su ubicación en los escuadrones, agregando información acerca de su organización política y costumbres (capítulo CIV-CV, pp. 250-255).

Luego de estos enfrentamientos, Valdivia decide fundar Concepción, ciudad que, prontamente, será atacada por los indígenas, salvándose de la total destrucción gracias a un hecho sobrenatural, según afirma el cronista. La aparición de la Virgen y el Apóstol Santiago genera un gran temor entre los indígenas combatientes. Paralelamente, Juan Bautista Pastene recibe de Pedro de Valdivia la misión de realizar un reconocimiento costero del área, incluyendo las islas cercanas. Entretanto, el gobernador avanza hacia más al sur, fundando una segunda ciudad, que denomina La Imperial, a orillas del río Cautín.

Desde la ciudad de La Imperial organiza nuevas expediciones hacia el sur, fundando en 1552 dos nuevas ciudades, Valdivia y Villarrica. La presencia española tan dispersa en toda la región mapuche afecta el territorio de diversas parcialidades, hecho que multiplica las hostilidades, ya que las comunidades agrupadas tenían un verdadero pacto de honor, que

consistía en el compromiso de todos a defender el territorio de cualquiera de ellas que fuese invadido. Por otra parte, en cada una de las ciudades fundadas, Valdivia realizaba repartimientos de indígenas entre los vecinos (encomiendas) generando gran resistencia entre las comunidades afectadas.

La resistencia indígena no se hace esperar ante las medidas tomadas por los españoles, de manera que antes de un año, en diciembre de 1553, se produce un gran levantamiento, poniendo en jaque a las ciudades, a lo que se suma la destrucción del fuerte de Tucapel y la muerte del gobernador con toda su comitiva. El desastre es total, debiendo los españoles abandonar, incluso, la ciudad de Concepción.

El grueso de las fuerzas españolas debió retornar a Santiago, dirigidas por Francisco de Villagra, el cual debió enfrentarse con otro candidato a la sucesión del cargo de gobernador, este era el capitán Francisco de Aguirre. Sin haberse resuelto el problema de sucesión, Francisco de Villagra y su pariente Pedro enfrentan la lucha en el sur implementando un plan de quema sistemática de los sembrados y viviendas indígenas, para acabar con la resistencia, generando una gran hambruna entre los ríos Bío-Bío y Valdivia. Esto genera que los indígenas se levanten y provoquen una dura derrota a los españoles en la famosa cuesta de Villagra cercana a la ciudad de Concepción. El cronista nos menciona que “y quedaron muertos noventa y más de tres mil piezas de servicio” (capítulo CXIX, p. 285).

Los triunfos de los indígenas del área sur alentaron a los de la zona central, los que piden colaboración para expulsar a los españoles de los valles del Mapocho y del Aconcagua. Lautaro, su jefe, recoge dicha invitación y avanza hacia la capital acompañado de tres mil guerreros, sin embargo, es vencido en las cercanías del río Mataquito en 1557. El conflicto entre los postulantes a la gobernación queda dirimido con la llegada del Perú de García Hurtado de Mendoza, quien, de inmediato, reinició las expediciones al sur del Bío-Bío, refundando Concepción y dos nuevas ciudades, Cañete y Osorno, en 1558. Gerónimo de Bibar pone fin a su crónica cuando los indígenas atacan el fuerte de Millarapue, en diciembre de ese mismo año.

Referencias Citadas

- Bibar, G.
MDLVIII *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile* hecha por Gerónimo de Bibar natural de Burgos. Transcripción paleográfica del Prof. Irving A. Leonardo según el manuscrito original propiedad de The Newberry Library, Chicago, Ill. U.S.A. Edición facsimilar y a plana del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, MCMLXVI.
- Contreras Durán, M.
2010 "Tesis para optar al grado de Magíster en Lingüística con mención en Lengua Española". Departamento de lingüística. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Vivar, J.
2001 *Crónica de los Reinos de Chile*, Edición de Angel Barral Gómez, Historia 16, Madrid, 1988, y 2ª edición, Madrid, España.
- Vivar, J.
1979 *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*, Edición de Leopoldo Sáez Godoy, Colloquium Verlag, Berlín.
- Barros Arana, D.
1884 *Historia General de Chile*, Tomo I, Imprenta Cervantes, Santiago.
- Carneiro, S.
2008 La crónica de Gerónimo de Vivar y el sujeto colonial, en *Revista Chilena de Literatura*, número 73, Noviembre.
- De Ramón, A. y Larraín J.M.
1982 *Orígenes de la vida económica chilena 1659-1808*, Edición Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile.
- León Solís, L.
1995 *Mapu, toquis y weichafes durante la primera guerra de Arauco: 1546-1554*, editorial Edeval, Valparaíso.
- León Solís, L.
1989 Pukaraes incas y fortalezas indígenas en Chile Central, 1470-1560, London.
- Orellana Rodríguez, M.
2005 Chile en el siglo XVI: Aborígenes y Españoles. El proceso de aculturación, Librotecnia Editores, Santiago de Chile.
- Orellana Rodríguez, M.
1988 *La crónica de Gerónimo de Bibar y la Conquista de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Orellana Rodríguez, M.
2006 *La crónica de Gerónimo de Bibar y los primeros años de la Conquista de Chile*, Librotecnia Editores, Santiago.
- Orellana Rodríguez, M.
2010 *Estudio Histórico Comparado de las obras de Valdivia, Bibar y Ercilla (siglo XVI)*, Librotecnia Editores, Santiago.
- Pachacuti, J.
1995 *Relación de Antigüedades de este Reino del Perú*, Editorial Fondo de Cultura Económica, Lima, Perú (Índice Analítico y Glosario, pp. 355/6).
- Thayer Ojeda, T.
1910 Los conquistadores de Chile, en *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo LXXVI.
- Vial, G.
2009 *Chile, cinco siglos de Historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos hasta el año 2006*, dos volúmenes, Editorial Zig-Zag, Santiago.
- Villalobos, S.
1980 *Historia del pueblo chileno*, Tomo I, Editorial Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago.
- Villalobos, S.
1983 *Historia del pueblo chileno*, Tomo II, Editorial Zig-Zag y Estudio chileno de estudios humanísticos, Santiago.
- Zapater, H.
1971-72 Valor Etnológico de la Crónica de Gerónimo de Vivar, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 139-140, Santiago.

Notas

- ¹ La fecha es sugerida por José Toribio Medina en su Diccionario Biográfico Colonial de Chile, pág. 975, Imprenta Elzeveriana, Santiago de Chile, 1906. En Orellana, Mario, *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, Santiago, 1988, p. 29 (Ver bibliografía).
- ² El viaje hacia Chile Bibar lo realiza por tierra, los argumentos entregados por Mario Orellana en su libro *La crónica de Gerónimo de Bibar y los primeros años de la Conquista de Chile*, Librotecnia Editores, Santiago, 2006, nos permiten descartar las razones de Tomás Thayer Ojeda quien sostenía la llegada del cronista por mar (ver bibliografía).
- ³ Esta fecha de 1549 la entrega en su libro Orellana, Mario, *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, p. 18.
- ⁴ Ver Valdivia, Pedro De, *Cartas de Relación de la conquista de Chile*, edición crítica de Mario Ferreccio Podestá, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- ⁵ La primera referencia escrita referente a la existencia de una persona de nombre Gerónimo de Bibar es entregada por José Toribio Medina, que lo presenta como testigo en el "Proceso de Villagra", el 29 de julio de 1558, en Orellana, *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, p. 27.
- ⁶ Bibar se refiere a Francisco y Pedro de Villagra como "Villagrán", al igual como Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1884, pág. 305. Nosotros, al igual que Villalobos en este artículo los llamaremos Villagra para evitar confusiones. Villalobos, Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Tomo I, Editorial Instituto chileno de estudios humanísticos, Santiago, 1980, p. 220.
- ⁷ Vivar, Jerónimo De, *Crónica de los reinos de Chile*, Edición de Angel Barral Gómez, Ediciones Historia 16, Madrid, 1988, p. 21.

- ⁸ Orellana, Mario, *Estudio histórico comparado de las obras de Valdivia, Bibar y Ercilla (siglo XVI)*, Librotecnia Editores, Santiago 2010, p. 207.
- ⁹ Vivar, *op. cit.*, p. 22.
- ¹⁰ Vivar, *op. cit.*, p. 19.
- ¹¹ Orellana, *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, p. 52.
- ¹² Muy recientemente hemos conocido la transcripción paleográfica hecha por Margarita Contreras Durán. Consúltese su “Tesis para optar al grado de Magíster en Lingüística con mención en Lengua Española”. Departamento de lingüística. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile, 2010.
- ¹³ Gerónimo de Bibar, “Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile” MDLVIII. Transcripción paleográfica del Prof. Irving A. Leonard. Edición facsimilar y a plana del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, MCMLXVI, p. 2.
- ¹⁴ Vivar, *op. cit.*, capítulo V, p. 49.
- ¹⁵ El arqueólogo Agustín Llagostera destaca en su libro *Los Antiguos Habitantes del Salar de Atacama* este episodio de toma del pucará de Quito. Esta publicación fue realizada en el año 2004 por la Universidad Católica del Norte y Pehuén Editores.
- ¹⁶ En realidad, el ataque referido por el cronista ocurrió el domingo 11 de septiembre de 1541.
- ¹⁷ Estado = medida de longitud tomada de la estatura regular del hombre, que se usaba para apreciar alturas o profundidades. Equivalía a 72 pulgadas, según mencionan Ramón, Armando de y Larraín, José Manuel, *Orígenes de la vida económica chilena 1659-1808*, Editado por Centro de Estudios Públicos, Santiago, 1982, p. 374. (ver bibliografía).
- ¹⁸ El año de fundación de la ciudad de La Serena fue 1544.
- ¹⁹ El cronista menciona dos estaciones en el año: invierno y verano, la primera de ellas “entra por abril y sale en septiembre”, en Vivar, *op. cit.*, capítulo XCVII, p. 236.
- ²⁰ Jerónimo de Alderete era portador de dos cartas fechadas en Santiago el día 26 de octubre de 1552, dirigidas al príncipe Don Felipe y al Emperador Carlos. Durante su estancia en la Península llegó la noticia de la muerte de Pedro de Valdivia, por lo que el mismo príncipe, que ya tenía a su cargo los asuntos de Indias, decidió nombrarle gobernador, muriendo en la isla de Taboga, cercana a Panamá, antes de poder regresar a Chile. Citado en Barral Gómez, *op. cit.*, p. 272.
- ²¹ Albarrada = cerca, valladar o muro de protección en la guerra (Diccionario RAE, edición 2001).
- ²² Jerónimo de Alderete fallece el año de 1556 durante el viaje hacia Chile, de fiebre palúdica, en la isla Taboga, en Centroamérica, según menciona Vial, Gonzalo, *Chile, cinco siglos de historia. Desde los primeros pobladores prehistóricos hasta el año 2006*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2009, p. 138.
- ²³ Desde las primeras incursiones incaicas comandadas por Topa Inca Yupanqui, la lengua quechua se difundió por los valles del norte y norte chico chilenos.

